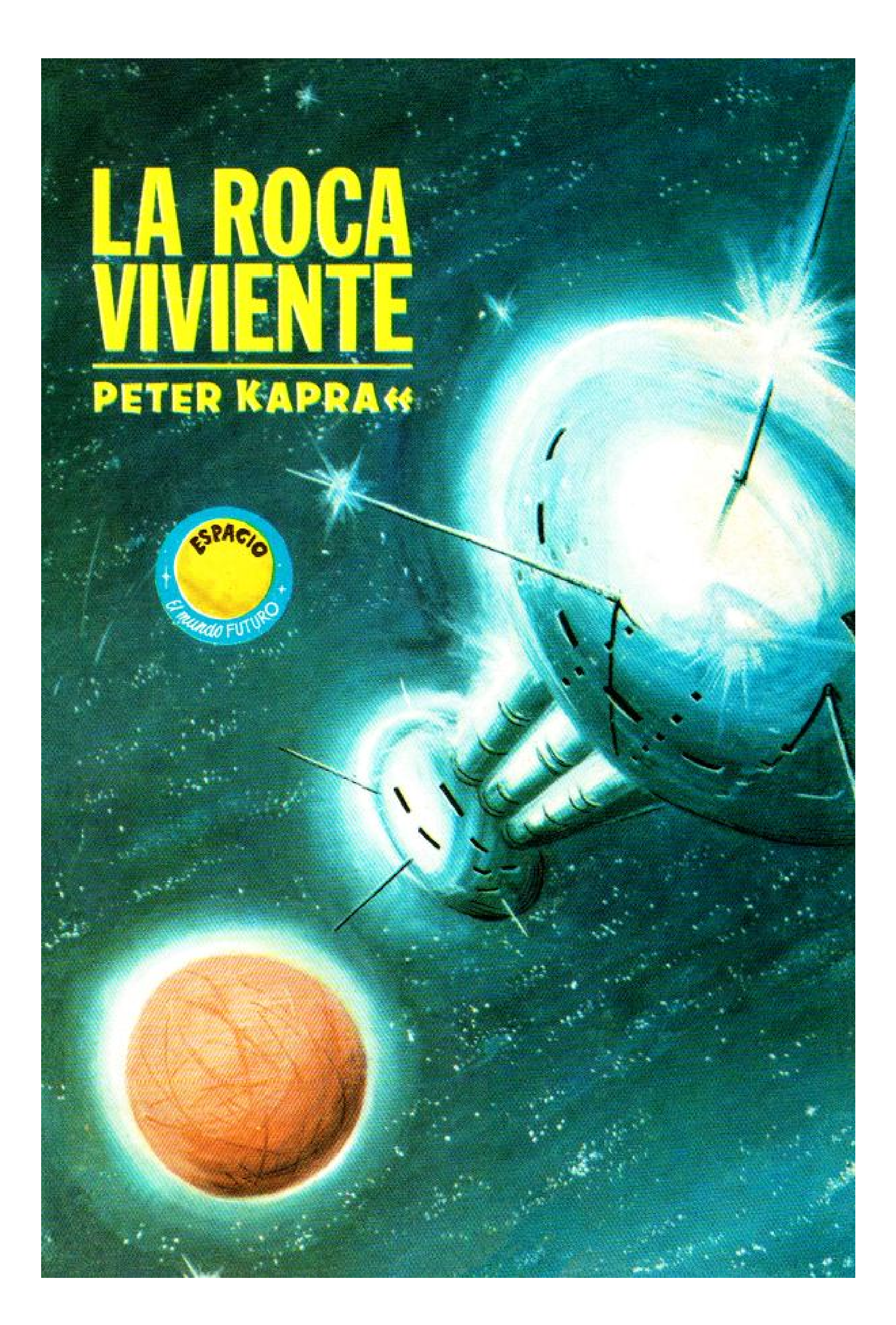

LA ROCA VIVIENTE
PETER KAPRA
ESPACIO
El mundo FUTURO

En la estación de «Last Point», allí donde el gran cartel descolorido anunciaba «Llene aquí el depósito». Cien millas de desierto le aguardan. Y, de paso, pida un «Orange Tank», debí darme cuenta de los coches de la policía.

Era la primera vez que iba a Albuquerque sola. ¡Soy ya una mujer! ¿O una chica de diecinueve años no puede considerarse una mujer? Cuando Billy me invita a ir a bailar, los sábados por la noche, me siento mujer… ¡Y cuando me besó! Tengo que contárselo a tía Deborah. ¿Por qué se casó con ese engreído farmacéutico de Albuquerque? ¿Es que no estaba bien con mamá en Santa Rosa?



Peter Kapra

La roca viviente

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 379

ePub r1.0

Lds 12.04.19

Título original: *La roca viviente*
Peter Kapra, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



«… ascendieron a la colina del Capitolio y contemplaron entre ruinas de columnas y templos, anchas y diversas perspectivas de desolación.

»El tema y el lugar diéronle vasto motivo para filosofar sobre las vicisitudes de la fortuna, que no perdona a hombre alguno, ni al más grande de sus trabajos, y que entierra ciudades e imperios en una fosa común…».

(EDWARD GIBBON,
1737-1794).

Introducción

No soy amiga de rodeos, circunloquios ni notas aclaratorias. Me han ordenado escribir quién soy, quién he sido y quién seré. Eso hago. Apenas tengo tiempo y debo emprender el más largo y extraño viaje que haya realizado alguien.

¡Oh, debo poner en orden mis ideas! ¡Estoy tan confusa!

Bobby está afuera, junto a la leñera, disparando contra el alguacil y los hombres que le acompañan. Debo darme prisa o no podré concluir lo que Koo-Djma me ha mandado.

Nos durmió, ¡y no sé cómo pudo hacerlo, porque no se mueve! Está allí, esperándonos. ¿Qué digo? Los disparos de Bobby me crispan los nervios. ¿Podrá contenerlos hasta que termine mi relato?

¡Esto es abominable!

Tengo ante mí, tendida en el suelo, a la señora Russell. Está muerta. ¡Bobby la ha matado! Y no quiero mirar hacia ella… ¡No quiero mirarla! ¡Noooo! ¡Porque ella soy yo misma!

¡Y el señor Russell, que está muerto en el cuarto contiguo, es Bobby!

Sé que con esto no me entendería nadie. ¡Y no tengo tiempo; apenas queda tiempo para nada! La policía vendrá en cuanto amanezca. Acudirán muchos, traerán armas, dispararán contra nosotros… ¡Y no pueden matamos! ¡No debemos morir! ¡Nuestra misión es demasiado sagrada, enormemente grande, increíblemente poderosa!

Bobby y yo hemos de ir a donde está Pneonka, agonizando. Su llamada viene de los confines del cosmos. Y todo se ha complicado por esos hombres del observatorio. Deben ser astrónomos. Seguro

vieron el meteoro y lo han seguido. Parecen buena gente, pero Bobby está dispuesto a matarlos si se acercan.

Está claro que yo debo escribir. ¿Cómo hacerlo? Nunca me destaqué en la escuela por mi facilidad de redacción. Espero que me entiendan… ¡Deben saber por qué hemos muerto! ¡Oh, eso no, de ninguna manera! ¡Estamos vivos, somos ellos!

Se ha producido una transmutación, un cambio de personalidad, ¿cómo decirlo? La amable señora Russell soy yo, ¡y yo soy la que está muerta ahí, sobre el piso de madera!

Bueno, ¿qué importa? ¡Por Dios, Bobby, no sigas disparando!

Todo esto es horrible, como un sueño extraño y angustioso. Incluso el lugar que nos rodea, esas montañas, la Sierra Blanca, como dijo Dave Russell, parece algo infernal. El valle está atormentado, las rocas, las grietas y el paso que viene de abajo.

¿Y por qué explico esto? ¿Por qué no empiezo a contarlo todo como en las novelas? Sí, eso será lo mejor. Empezaré diciendo que Bobby me indicó que detuviera mi coche. No debí hacerlo. Una chica sola, en un coche, no debe detenerse en medio del desierto, porque un joven con cazadora de cuero, que ha discutido con un transportista, esté haciendo «auto-*stop*».

¡Qué idiotas somos algunas muchachas! ¡Sí, idiotas! Debí suponer que Bobby estaba siendo buscado por toda la policía del país, que llevaba una pistola escondida en la cintura y que era un asesino.

¿Y por qué había de suponerlo? ¿Por qué? ¿Acaso soy adivina? Yo iba a Albuquerque… ¡Pobre tía Deborah; cómo estará sufriendo por mi tardanza! ¡No debí ir sola, no! «Daddy» debió acompañarme… ¡Si no se hubiese torcido el tobillo! ¡Qué tontería!

Creo que era el destino… ¿O fue
Koo-Djma?

CAPÍTULO PRIMERO

En la estación de «Last Point», allí donde el gran cartel descolorido anunciaba «Llene aquí el depósito». Cien millas de desierto le aguardan. Y, de paso, pida un «Orange Tank», debí darme cuenta de los coches de la policía.

Era la primera vez que iba a Albuquerque sola. ¡Soy ya una mujer! ¿O una chica de diecinueve años no puede considerarse una mujer? Cuando Billy me invita a ir a bailar, los sábados por la noche, me siento mujer… ¡Y cuando me besó! Tengo que contárselo a tía Deborah. ¿Por qué se casó con ese engreído farmacéutico de Albuquerque? ¿Es que no estaba bien con mamá en Santa Rosa?

No debo apartarme de la cuestión. No me fijé en los coches patrulla, cuyos agentes debían de estar tomando algo en el restaurante. El muchacho pecoso se acercó a mi «Chrysler» y limpió algo el parabrisas, preguntándome, con empalagosa sonrisa:

—¿Lleno, señorita?

Me pareció un muchacho repulsivo. Era feo, tenía los dientes separados y la tez muy curtida. ¡Qué tonta soy! ¡Me fijo siempre en necedades!

—Sí, lleno —dijo.

Y volví la cabeza hacia el cesto de la merienda que llevaba en el asiento posterior. Tenía hambre, pero no quería comer allí, en la estación de servicio. Tampoco deseaba entrar en el restaurante, donde me habría encontrado cohibida ante aquellos ogros solitarios.

Era mejor esperar.

Mientras me llenaba el tanque, el muchacho del mono sucio y los dientes separados me miraba con sus pequeños ojos color tierra. ¡Qué ojos más raros e insolentes! Me sentí inquieta. Nadie me había mirado de aquel modo jamás.

Por eso, sólo por eso, me envolví en mi actitud agresiva. Estaba dispuesta a darle un chasco como me dijese algo fuera de lugar.

Por suerte, no se atrevió. Terminó de llenar el tanque, pasó un trapo un poco sobre la parte delantera del coche y luego se acercó a mí. Me envaré en el asiento.

—Dos dólares cincuenta, señorita.

Le pagué con precipitación, ¡y no le di propina! Me era antipático. Al arrancar, le oí decir:

—Buen viaje, señorita.

Después de todo, pese a su soledad, a su aire estúpido, a sus dientes y a sus ojos, era bien educado. Creo que no le guardo rencor por haberme resultado antipático.

Enfilé la recta. El sol empezaba a descender de su trono celeste. Me quedaba muchas horas de viaje. Hasta el anochecer no pensaba llegar a mi destino.

¿Por qué viajaba sola? Es sencillo. Tía Deborah tenía tantas ganas de vernos… Y mi padre pensaba ir a Albuquerque a efectuar una visita a sus clientes. Es representante de una firma de harina tostada. Mi «feroz» tío Clem, el marido de tía Deborah, el farmacéutico, es su representante en Albuquerque… ¿Y yo qué entiendo de negocios? Quise ir con «Daddy» y pasarme unos días con mi querida tía. ¿Hay algo malo en eso? Necesito hablarle de Billy, del beso que me dio. Y no me atrevo a contárselo a mamá.

Pero mi padre, la víspera, después de enviar el telegrama diciendo que íbamos hacia allí, tuvo la desgracia de caerse en la escalera, al querer bajar mi maleta de cuero del desván, ¡y se torció el tobillo!

Una luxación sin importancia. El médico se mostró inflexible y le mandó quedarse en cama. Eso es todo. Ya no podíamos suspender el viaje. No era cosa de enviar otro telegrama. Tía Deborah se habría asustado y era muy capaz de venir a vernos. En su estado —¡estaba esperando su segundo bebé, y esto nos ilusionaba mucho!— no era conveniente hacer ciento treinta millas a través del tórrido desierto.

Nada más. «Daddy» y «Mummy» se quedaron en casa. Yo soy una mujer y puedo hacer el viaje sola. Tengo licencia de conducir y no puede pasarme nada. Sin embargo, prometí a papá que no iría muy de prisa.

¡Ya tengo diecinueve años! ¿O ya lo he dicho? Sí, creo que sí.

Así pensaba mientras me alejaba de «Last Point», de su enorme anuncio y de su empleado de servicio antipático y educado. Me hubiese gustado hallar un paraje sombreado, con árboles, para detenerme a comer algo. Mas en todo lo que abarcaba la vista no se veía ni una sombra. El desierto se extendía ante mí. Allá al sur, a mi izquierda, las montañas parecían nubes negras, recortándose en el azul del cielo.

Así, dudando entre detenerme allí mismo, en aquella interminable recta en la que no se veía un solo coche atrás y adelante, para tomar mi bocadillo, de pronto vi aparecer una figura humana, que salió de entre unas rocas, a un lado de la carretera.

Se trataba de un hombre que me había visto aproximarme. Le vi hacerme la clásica seña del «autostopista» y sólo vacilé un segundo. Al llegar a su altura vi que se trataba de un joven, bien parecido, no mayor de veinte años, alto y espigado, delgado, y ataviado con un pantalón tejano, botas deportivas, azules, camisa oscura y una cazadora de cuero, de motorista. Era moreno y sus facciones me agradaron.

Frené.

Una actúa según sus impulsos, aunque luego tenga que arrepentirse de ellos. Me volví y le vi correr hacia el coche; me pareció que sonreía con gratitud. Desde luego, me saludó con mucha cortesía.

—Buenas tardes, señorita. ¿Puede llevarme?

—Es que… —Vacilé. Ardía en ganas de decirle que sí, pero mamá me ha dicho siempre que hay que ser precavida con los desconocidos—. ¿Qué hace aquí, en un lugar tan desierto?

—Iba en un camión cisterna —dijo él, a modo de disculpa—. El conductor me recogió en «Last Point», pero discutimos de béisbol. Él era de los «Yankees» y yo de los «Tigers». Qué tontería, ¿verdad? Fue un error de mi parte. Él me hacía un favor llevándome. No debí decir que los «Yankees» son unos mamarrachos, ¿no le parece?

Esto me hizo gracia. Me imaginé a mi «autostopista» discutiendo acaloradamente con el conductor del camión, hasta que éste, cansado, debió decirle: «¡abajo de aquí, papanatas!».

—Suba… ¿Va usted muy lejos?

—Sí, muy lejos —me contestó.

Y en seguida subió al coche y se sentó a mi lado.

Observé que iba bastante sucio. No parecía haberse lavado la cara ni las manos en varios días. Sus pantalones estaban manchados de polvo, así como sus botas, y el cuello de la camisa negra tenía briznas de paja.

Llevaba abrochada la cazadora hasta mitad del pecho, y por eso no pude ver que en su cintura, entre la camisa y el pantalón, escondía una pistola automática. ¡De haberla visto, como ocurrió después, me habría muerto del susto!

No puse el coche en marcha. Ya que había parado, decidí comer un bocadillo. Quizá mi compañero quisiera comer algo. No llevaba nada en las manos, y me había parecido que miró el cesto de la merienda con ojos un tanto anhelantes.

—Precisamente iba a detenerme a comer algo. ¿Quiere usted acompañarme?

—No deseo ocasionarle más molestias. Con llevarme un trecho es suficiente —me dijo en tono humilde.

—Vamos, hombre, si no tiene importancia. Mamá me ha puesto comida para dos días. El viajar me hace perder el apetito. ¿Le apetece una empanada de carne?

De nuevo brillaron sus ojos oscuros.

—Bueno, si tanto se empeña.

Me incliné sobre el asiento y alcancé el cesto, el cual puse sobre mis rodillas. Al abrirlo, miré de soslayo a mi compañero. Tenía las pupilas dilatadas, mirando intensamente el cesto. Deduje que, pese a sus palabras, no había comido en varios días. ¡Me dio tanta pena! ¡Y parecía tan buena persona!…

«Debe de tratarse de un muchacho sin familia, que va en busca de trabajo —pensé—. ¿Será correcto preguntarle cómo se llama? Me parece más interesante que Billy. Siempre, lo desconocido nos sugestiona más que lo que estamos habituadas a ver todos los días. Y a Billy le conozco desde que era niña…».

—Tenga. Estoy seguro de que le gustará… También llevo café en el termo.

—Gracias —me dijo.

Tomó la empanada con humildad y respeto, pero tuve la impresión, necia impresión, por cierto, de que me lo arrebataba violentamente, con voracidad.

Comer, desde luego, lo hizo aprisa, sin desaprovechar ni las migajas que cayeron en su mano. En pocos segundos devoró la empanada, y dijo:

—¡Está muy buena! ¿Las hace su mamá?

—Sí; es una excelente cocinera. Tenga, pruebe este bocadillo de tortilla de espárragos con jamón. Le aseguro que no ha probado nada mejor.

Le miré. Creí ver una lágrima de agradecimiento en sus ojos. ¡Pobre Bobby; tenía tanta hambre! ¡Estaba acosado, hostigado y famélico; era como una fiera humana, capaz de todo, y luego pegarse un tiro en la sien!

Pero a mí me pareció un buen muchacho, apuesto y guapo. Y es que cuando a una chica le entra un joven por los ojos, no suele ver nada más. Bueno, esto es lo que he oído decir, y puede que sea cierto, porque a mí, ¡para mi horror!, me sucedió así.

El primer aviso que tuve, sin embargo, de que algo no iba a ir bien, vino de él mismo. Debí comprender sus palabras. Se mostraba agradecido, pero creo que los tigres acosados y heridos, si alguien es capaz de curarles y alimentarles, también lamen la mano del que les ayuda.

Me dijo:

—Me llamo Kovacks, Robert Kovacks. Los amigos acostumbran a llamarme Bobby.

—Yo soy Mármara Kuss —dije, halagada por su confianza.

—¿Mármara? ¡Qué nombre más singular! —añadió, sonriente.

—Sí, un capricho de mamá. No sé ni lo que significa, pero creo que existe un mar en Turquía llamado así. De allí lo sacó mi mamá. Quería que yo llevase un nombre verdaderamente original. Y nunca ha permitido que nadie me ponga diminutivos.

—Suena muy bien —dijo Bobby, galante, para luego añadir lo que yo debí advertir como aviso—: No debe usted temer nada de mí.

Sonreí halagada, como si me hubiese dicho: «Nada tema. No la mataré. Es usted una buena chica».

Le ofrecí café, que bebió con avidez, y luego me pidió algo que yo no llevaba:

—¿No tendría usted un cigarrillo?

—¡Oh, no; no fumo! —exclamé, condolida.

—Bueno, no importa.

Me miró con sus oscuros y atrayentes ojos. Me sentí tan nerviosa, que, aunque apenas había probado un trozo dejé el bocadillo en el cesto y dije:

—No tengo apetito. ¿Quiere que nos pongamos en marcha?

—Cuando usted quiera. No tengo prisa —me respondió.

Sin embargo, debió decirme con los influjos de su mente: «¡Cuanto antes mejor! ¡La policía me está buscando! ¡Me matarán en donde me encuentren! ¡Soy un ladrón y un asesino! ¡Vámonos cuanto antes!».

—Permítame —añadió, tomando el cesto y depositándolo donde había estado antes.

Yo le agradecí el gesto con una sonrisa y puse el motor en marcha, diciendo:

—Así tendré con quién hablar. Sé que una chica no debe aceptar en su coche a un desconocido. Una no sabe nunca con quién se tropieza. Aunque no lo digo por usted.

—¿Tiene novio? —me preguntó de un modo que me pareció intencionado.

—Pues… No se trata de un novio —aceleré y cambié de marcha, para situarme en la pista rápida—. Un amigo de la infancia. Salimos juntos, vamos a bailar con frecuencia. Puede que esté enamorado de mí, pero no estoy segura. No me tengo por una chica guapa, del montón…

—¡Es usted preciosa! —me dijo con voz trémula, pero sin hacer ningún ademán para acercarse a mí.

Por un instante, me sentí inquieta y le miré con el rabillo del ojo. ¡Si intentaba propasarse, le abofetearía y le obligaría a bajarse del «Chrysler»! Una cosa es ser compasiva y bondadosa, y otra muy distinta es ser tonta y cobarde. No soy nada de eso. No temo a los hombres y sé defenderme. Recuerdo aquella noche que me entretuve en casa de mi amiga Lena y se me hizo tarde. Para llegar antes a casa tomé por Hoogy Street, donde hay tantos bares y «*snack*-bars». De pronto, un borracho surgió ante mí. Debía de estar haciendo algo indecoroso en un callejón oscuro y por eso no le vi.

Él si me vio a mí y me acorraló, diciéndome cosas que habrían hecho ruborizar a un carretero. Me quería besar y abrazar, pese a que yo sólo tenía diecisiete años.

Pero no me asusté. Cuando le tuve encima de mí, le hice la zancadilla y le empujé, echando a correr mientras él caía aparatosamente sobre la acera. Se trataba de un hombre de edad, con la corbata suelta y ladeado el sombrero.

Bobby era diferente. Pero estaba dispuesta a defenderme de igual modo.

Deseché mis temores. Sólo había querido adularme. Continuaba situado a cierta distancia de mí, mirando al frente, y de vez en cuando hacia atrás, sin hacer ademán de acercarse.

Pero de pronto se volvió hacia mí y me dijo:

—Tuerza a la izquierda, por aquel camino de tierra. ¡No pase de largo ni se detenga! ¡Vire a la izquierda!

Su rostro se había demudado de pronto. La fiera que había en él asomaba a sus ojos, a su crispada boca, a la tensión feroz de su rostro.

Con una mano me dominó el volante. ¡Con la otra sacó una pistola automática y me encañonó!

Lancé un grito y creo que cambié de color.

—¿Qué hace? ¿Quién es usted?

—¡Haga lo que le digo! —rugió, ya completamente transformado en lo que era: ¡un asesino perseguido por la policía!

Retiré las manos del volante. Incluso quise abrir la portezuela y tirarme del coche en marcha. Pero íbamos a bastante velocidad. El viraje lo efectuó él, forzado, dada la postura que tenía, inclinado sobre mí.

Incluso sentí el calor de su aliento. Vi desesperación en sus ojos, la insana mirada de quien está dispuesto a todo, ¡incluso matar!, con tal de seguir huyendo. Me estremecí, sintiéndome en una trampa mortal, como si estuviese cayendo en un pozo sin fin, como en sueños, del que sabía que no iba a poder salir.

¡Aquello no era un sueño, sino la amarga y descarnada realidad!

—La policía está esperando a dos millas —me dijo—. Han bloqueado la carretera. No puedo seguir adelante. Daremos un rodeo. Ese camino debe conducir a alguna parte.

No se trataba exactamente de un camino. Sólo era un paseo, sobre el llano, donde se adivinaban huellas de algún que otro vehículo, pero tuve la impresión de que por allí no había pasado nadie en mucho tiempo. Ni siquiera sé cómo Bobby se fijó en él.

—Deténgase y baje —me ordenó, pisando mi zapato, para frenar.

Ahora, su cuerpo delgado y fibroso estaba junto al mío. Por esto me apresuré a frenar y saltar a tierra cuando el coche se detuvo. Entonces le miré, apartándome de él, como dispuesta a echar a correr, aunque no era ésta mi intención.

—¿Es un fugitivo?

—Sí, me he escapado de la prisión. Me iban a condenar por… ¡Bueno, maldita sea! ¡Quiero vivir y escapé!

—Váyase y déjeme en paz. Yo no intentaré detenerle —dije, procurando recobrarme del susto, pero sin quitar ojo de la negra pistola automática que empuñaba, apuntándome con ella—. Salga de ahí y aléjese. Ya he hecho bastante por usted.

—No —me respondió—, necesito su coche. ¡Y usted vendrá conmigo, como rehén!

Me horroricé. Di media vuelta y eché a correr. Él me persiguió y me alcanzó en unos segundos, agarrándome de la cintura con fuerza.

Creo que dijo:

—No oponga resistencia. No quiero hacerle daño… ¡No me obligue!

—¡Suélteme, canalla, granuja, criminal!

Sus brazos eran fuertes. Me dominó, tapándome la boca y me arrastró hacia el coche. El miedo me atenazó entonces, me paralizó. Todo mi valor se esfumó de pronto, dejándome convertida en una chiquilla asustada y llorosa, aunque supongo que debí hacer un esfuerzo para no llorar ni darle a entender que estaba asustada.

Mirándole, encogida sobre sí misma, creí estar viendo a un salvaje. Su rostro ya no me parecía tan agradable como antes. Se mostraba ceñudo, con los labios apretados, y el cañón de su arma constituía un orificio negro y grande, a mi juicio, por donde podía surgir, de un momento a otro, un dardo mortífero que acabaría con mi existencia.

Con un gesto, entre rudo y cruel, se guardó la pistola en el cinto, levantándose la cazadora.

—No deseo hacerle daño. Cumpliré mi palabra si se porta juiciosamente. Pero no vacilaré en matarla si intenta escapar —dijo entre dientes, mirándome con ojos homicidas—. Nos iremos hacia el

sur, a través del desierto, primero despacio, para no levantar mucho polvo, y luego más aprisa. Ahora, aguarde, Voy a borrar las huellas del camino. Sólo un trecho, a la entrada. Eso es importante.

Se alejó. Le vi quitarse la cazadora y arrastrarla por el suelo, yendo hacia el borde de la carretera. Entonces decidí poner el coche en marcha y escapar. Sin dejar de mirarle, alargué la mano hacia el contacto, pero no encontré nada.

¡Ni siquiera me había dado cuenta de que se llevó la llave consigo!

Volvió a los cinco minutos. Tiró su cazadora en la parte trasera de mi coche y se sentó al volante. Del bolsillo de los tejanos sacó la llave de contacto, puso el coche en marcha, sin hablarme, y arrancó despacio.

—No tengo más remedio que hacer esto, señorita Kuss. Estoy en un apuro muy grande, ¿sabe? —empezó a decirme, después de un rato de silencio, sin mirarme—. Yo vivía en Tucumcari. Allí vive mi padre, a quien no reprocho nada, excepto el haberme traído al mundo… ¡Tampoco quiero que se ocupe de mí! —añadió, gritándome y volviéndose a mí, con una desagradable mueca en su rostro—. ¡Que viva su vida; yo viviré la mía, si es que puedo!

»Uno tiene amigos… Salía con chicas. En el taller no ganaba bastante… ¡Doce dólares semanales, qué porquería! Eso es lo que gasta cualquiera un sábado por la noche. ¿Qué quería el avaro de Bratt Daniels? ¿Que estuviese siempre lamiéndole las botas? Le dije que me aumentara el sueldo, sencillamente. Ni más ni menos. Me miró de pies a cabeza, como se mira a un pordiosero, y no me contestó… ¡El muy puerco habla poco! Me señaló la puerta.

»¿Qué quería usted que hiciera?

»¡Me fui, eso es lo que hice! Y hasta tiré la llave inglesa contra el cristal trasero de un “Triumph” y se lo rompí. Por eso llamó al comisario y me detuvieron. ¿Sabe usted lo que es que le vayan a buscar a uno a casa, en la que sólo hay miseria e inmundicia, y le lleven, cogido del brazo, hasta la oficina del comisario? ¿No lo sabe? ¡Yo se lo diré!

»La gente me conocía. Todos me miraban. Y el gandul de Frost, el alguacil, muy ufano, me llevaba como si yo fuese un criminal de la peor especie. Uno tiene amigas. Me vieron. En la frutería, Deisy salió a verme. Aún me parece estar mirando su rostro demudado…

¡Sí, como el de usted! Los ojos muy abiertos, la boca abierta, arqueadas las cejas. ¡Y Deisy había sido novia mía! El alguacil no me dejó siquiera decirle una palabra. Tiró de mí. Otros se rieron. Incluso el condenado y maldito Sammy, desde el camión, en la puerta de la agencia "Hillman", se mofó, diciéndome: «¡Ya era hora que te echaran el guante, rufián!». ¡Le habría matado!

»Bueno, ¿para qué seguir hablando? El comisario me dio un rapapolvo, me hizo pagar el vidrio roto con el dinero que me debía Bratt, y luego me encerró toda una noche.

»Salí de allí echando espuma por la boca. Quería irme del pueblo. ¡Muchos idiotas dicen que Tucumcari es una ciudad importante! ¡Es un maldito poblacho, lleno de maldicencia, cobardes y haraganes!

»Eso es todo. Ataqué la oficina de contribución, me llevé la pistola del recaudador y sostuve una lucha a tiros con la policía. Luego huí. Y de no haber sido por aquellos condenados perros, no me habrían alcanzado nunca. Pero me pillaron durmiendo. Cuando oí a los perros era demasiado tarde. Me esposaron y me llevaron a Tucumcari. Me dijeron que un policía había muerto en el tiroteo. Entonces, desesperado, decidí escapar. Y lo hice, atacando a mi guardián. Recuperé la pistola y…

»Bueno, eso es todo. Ahora me siguen buscando.

CAPÍTULO II

Era una roca negra, muy caliente aún, pese a que había caído dos días antes, durante la noche. Se había hundido en el suelo profundamente, desplazando la tierra y provocando una explosión, como la de un cañonazo.

El viejo Dave Russell había escuchado el estruendo, tan fuerte o más que un trueno rotundo, ¡y el suelo había temblado! La casa de madera, el granero y el establo se había estremecido.

Fue una tremenda explosión, que retumbó con largos y profundos ecos en las montañas. Hasta la cima de Sierra Blanca debió de agitarse, provocando un alud de nieve en su vertiente norte. Las Sacramento Mountains vibraron, estremecidos por el tremendo encontronazo.

La señora Russell se había levantado del lecho, para salir al cuarto donde su marido estaba escribiendo.

»—¿Qué ha sido eso, Dave?

»—No lo sé, querida —repuso él, al par que sentía latir con fuerza su corazón en el pecho.

»—¡Qué ruido más espantoso! ¡Parece como si se hubiese desplomado la montaña!

»—Voy a salir a ver qué…

»—¡No, por Dios; no salgas, Dave! ¡Estoy muy asustada!

Él se levantó de ante la rústica mesa, sobre la que había estado escribiendo, y se acercó a la mujer con la que compartía su soledad desde hacía muchos años. La abrazó con ternura. Eran dos seres ancianos y bondadosos, con una cicatriz abierta en sus corazones, a consecuencias de un hijo, también llamado Dave, como el padre, que se fue un día a un lejano lugar llamado Corea y no volvió más.

Primero les dijeron que su hijo había desaparecido; luego que

estaba prisionero. Y, por último, alguien les dijo la verdad: ¡Dave Russell había muerto!

Ellos, que tanto habían amado al hijo ausente, no pudieron soportar la penosa noticia. Mery enfermó y Dave tuvo que cuidarla, para lo cual se vio obligado a abandonar su trabajo.

Tenían unos ahorros. Pero el gobierno les envió a un hombre que intentó ofrecerles una recompensa. ¡Dinero, a cambio del hijo que habían perdido! El viejo Dave se indignó y echó al enviado de su casa. Él no podía aceptar dinero a cambio de su Dave muerto.

Pero tampoco podía soportar ver a otros jóvenes vivir en torno a ellos. Desde su ventana, Mery Russell atisbaba la calle, entristeciéndose cada vez que veía a un joven que pudiera tener aproximadamente la edad de su hijo muerto. Llegó a obsesionarse, se hizo intratable, envejeció mucho.

Y a Dave Russell le ocurría otro tanto. Un día, un joven había llamado a su puerta. Era un vendedor de automóviles, un principiante.

Le abrió Dave y su rostro se transformó al verle.

»—Buenas tardes, señor. Represento a la firma
“Bronson & Dennis,
Ltd.”, y estoy seguro de que usted necesita un nuevo auto…».

No pudo continuar. Dave Russell lanzó un grito y cerró violentamente la puerta, quedándose luego tembloroso y agitado, presa de un extraño paroxismo.

Aquella misma noche, él y Mery decidieron irse a las montañas, a la soledad, lejos de las gentes. Querían vivir solos una temporada, en el lugar más inhóspito de la nación, donde no vieran nunca a nadie en los doce meses del año.

Ésta fue la petición que hizo Dave Russell a una agencia de fincas urbanas. Y les facilitaron lo que buscaban, aunque sólo fuese por humorada del agente. ¡Les proporcionó la cabaña de un trampero, en una altiplanicie de la Sierra Blanca, en plenas montañas Sacramento!

¡Hubieron de ir con un guía y viajar en mulos durante dos semanas, perdidos en los montes, porque el guía pasaba el tiempo bebiendo!

Pero llegaron a las ruinas de la cabaña. La broma del agente de fincas había sido siniestra. ¡Aquello era más que soledad, algo más

que aislamiento! ¡Aquello era un infierno suspendido entre el cielo y la tierra, y hasta el mismo guía, agotada ya su provisión de *whisky*, les aconsejó que se volvieran! ¿Qué iban a hacer en aquel lugar, lejos de la civilización, donde no verían sino animales salvajes, algún «grizzly», pumas o cabras montesas?

Sin embargo, los Russell, que entonces no eran tan viejos como ahora, decidieron quedarse. Les gustó aquel paisaje bronco y agreste, los picos desafiantes, las gargantas como heridas abiertas en la tierra áspera… ¡Y les gustó la planicie, ligeramente inclinada! Encima de ellos había bosque, árboles copudos, pequeños, de recios troncos, cedros americanos.

También tenían cerca un arroyo cantarino que bajaba de las cimas de Sierra Blanca. Y era verano, lo que quería decir que tendrían agua todo el año.

Por eso se quedaron. Decidieron trabajar los dos, reconstruir la cabaña, levantar un establo, criar algunos animales domésticos. Y el guía les ayudó en esto, pues permaneció con ellos un mes. Luego se fue y cumplió su palabra de volver con provisiones, una jaula con gallinas, ¡y unos terneros, macho y hembra, que subieron con dificultad por aquellos caminos!

El primer año fue el más penoso. Trabajaron duro desde el amanecer hasta la puesta de sol. Pero fueron construyendo su nueva vida. Allí no corrían peligro de que los muchachos jóvenes les recordasen a su hijo muerto en un lugar llamado Corea… ¡No vieron jamás a ninguno!

El guía, cuyo nombre era Pete Leeper, antiguo cazador, estuvo viniendo a verles durante algunos años. Siempre les traía cosas útiles. Y hasta les facilitó una dínamo de coche, con la que hicieron algo maravilloso. En el pequeño taller de carpintería, donde Dave hacía sus muebles, construyó un molino de viento… ¡Y tuvieron luz eléctrica!

El establo fue en aumento. El clima era sano. La tierra dio su cosecha. Obtuvieron trigo, calabazas, judías, y hasta plantaron algunos almendros, un manzano, que ya había dado frutos, maíz, patatas, tomates y una higuera, pero ésta no arraigó.

Pasaban muchas privaciones, pero eran felices.

Luego, un año, Pete Leeper dejó de venir. Lo estuvieron esperando un año y otro, pero no volvieron a verle. Y como las

personas también se acostumbran a la soledad, continuaron su vida.

Cada uno tenía excavada su propia tumba, debajo de los cedros. Allí irían a morir, cuando les llegase la hora. Uno enterraría al otro, y el que quedase el último… ¡Bueno, que Dios tuviese piedad de él!

* * *

Ésta es, a grandes rasgos, la historia del matrimonio Russell, como me la contó Mery, cuando llegamos Bobby y yo.

Hacía cinco días que había caído la roca viviente.

¡Que no se extrañe nadie de estas palabras! Pronto sabrán por qué digo esto. Aquella roca estaba viva.

Y nosotros, desde la cueva donde nos habíamos refugiado, la oímos caer. Yo estaba despierta, acurrucada junto al fuego que encendiera mi extraño raptor. Llevábamos tres días juntos. Habíamos abandonado el coche, al quedarse sin gasolina. Luego, caminamos, siempre hacia las montañas. Mi cesta de la merienda duró sólo un día. Al siguiente no comimos nada; al otro, Bobby cazó un venado de un disparo. Le vi arrastrarse como un indio… ¡Creo que debe de llevar en sus venas algo de sangre india! Y digo esto porque se mueve con el mismo sigilo que ellos.

No tenía cigarrillos, pero llevaba un desgastado encendedor de gas. Buscó leña e hizo fuego. También llevaba una navaja de resorte. Oprimía éste y la acerada hoja surgía bruscamente del mango como un destello de muerte.

»—La tomé del cajón del comisario, cuando escapé —me explicó.

Yo no le respondí. Me había hecho el propósito de no hablar con él para nada. Ni siquiera me rebajé a decirle que sentía hambre, antes de cazar el venado. Sin embargo, lo comprendió.

Y tampoco quise comer, una vez tuvo asado parte del animal. Me había hecho el propósito de no comer. Pero a esto hube de renunciar. Mi hambre pudo más.

E incluso empecé a dudar de que fuese tan mala persona como decía, cuando, la segunda noche, muerta de cansancio, me quedé dormida junto al fuego, incapaz de mantener mis párpados abiertos, ¡y al despertarme me encontré los hombros cubiertos con su cazadora!

No me tocó ni un solo cabello. Se limitaba a mirarme de vez en cuando, o a decirme, en su tono seco, tajante:

»—Vámonos.

Así llegamos a la cueva en cuyo interior encendió el fuego. Fue la noche en que cayó la roca negra.

Era temprano, no sé exactamente la hora, pues mi reloj de pulsera estaba parado. Bobby se encontraba en la puerta de la cueva, mirando el cielo con sus ojos oscuros y llenos de misterio y amenaza.

De pronto le oí exclamar:

—¿Qué condenación es ésa?

Me pareció ver una luz viva en la entrada de la cueva. Luego, escuché la explosión, muy parecida a un trueno enorme, que retumbó durante un rato por las montañas. El suelo de la cueva tembló y del techo cayó un fino polvillo.

Sentí miedo y me levanté a toda prisa.

Bobby había salido fuera. A la luz de la hoguera encendida, pude ver que miraba hacia las alturas.

—¿Qué… qué… ha sido… eso? —Creo que pregunté, sin acordarme que había decidido no hablarle.

—¡Era una gran bola de fuego, que ha ido a caer allá arriba!

—¿Una bola de fuego?

Yo estaba temblando por muchos motivos. Si me hubiese dicho que era un rayo, me habría quedado más tranquila. No soy supersticiosa, aunque en las condiciones en que me hallaba, en aquel inhóspito lugar, en poder de un joven asesino, sentía un temor sobrenatural.

¿Qué hubiese hecho otra chica en mi lugar?

Miré a Bobby. El estruendo de los ecos montañosos había cesado ya. Procuré poner en mi voz toda la desesperación que me embargaba, ser suplicante.

—Déjeme marchar, por favor.

—No —me contestó secamente—. Hemos ido demasiado lejos. Debo cruzar esas montañas, ir hacia el sur, escapar… ¡Todavía pueden estar siguiéndonos! Además —creí captar un tono de ternura en su voz—, si la dejo ir, se perdería usted por estos andurriales.

—¡Recuerdo el camino por el que hemos venido! —exclamé.

—No. Avisaría a la policía. Vendrá usted conmigo hasta que me sienta seguro. Entonces la dejaré ir… ¡Y no tema —casi me gritó—, no me propongo hacerle ningún daño! ¡Está tan segura conmigo como si estuviera con un hermano mayor!

Retrocedí y me dejé caer de rodillas junto a la hoguera. Entonces, desolada, me eché a llorar. Estaba hecha una lástima. Tenía la falda sucia y rota. Mi suéter se estaba deshilachando, al haberse enganchado en el reseco matorral donde nos metimos con el coche, antes de abandonarlo. Y fue una suerte que Bobby se fijase en mis zapatos antes de emprender la marcha a pie.

»—¿No tiene otra cosa que ponerse en los pies? —me preguntó rudamente, mirando a las montañas que pretendía escalar.

»—¡No! —mentí, furiosa.

Pero él abrió el portaequipajes y encontró mi maleta. La abrió y esparció por el suelo mis vestidos, sin miramiento de ninguna clase, hasta encontrar mis zapatillas de tenis. Me las tiró a los pies, diciendo:

»—Póngaselas. No podría caminar por esas peñas con zapatos de tacón.

No tuve más remedio que obedecerle. Su firme ademán no ofrecía dudas. Si no me las ponía yo, me las pondría él… ¡Y sentía una aversión innata a que me tocase!

Sólo lo hizo una vez, al encontrarnos, desorientados, ante una cornisa de piedra, a la que no era fácil trepar.

»—Aguarde aquí. No intenté huir, porque la encontraré.

Él trepó con agilidad y desapareció de mi vista. Mi primera intención había sido la de salir corriendo ladera abajo. Sin embargo, la soledad, el infortunio, la desesperación y el miedo paralizaron mis piernas.

Por otro lado, Bobby regresó a los pocos minutos. Me tendió su mano, a la vez que ordenaba con sequedad:

»—¡Suba! Creo que he encontrado un camino.

»—¡No subiré! —contesté.

Él saltó a mi lado y me agarró por el brazo, apretándomelo.

»—¡Suba, o la subiré yo!

Le miré con gesto desafiante. Él sostuvo mi mirada, obligándome a bajar los ojos. Había una firme decisión en los suyos. Brillaban con furia, como los de un loco. Y yo sabía que no era un loco, sino

un perseguido. Puede que sea lo mismo. El loco, en cierto modo, está también perseguido por el desequilibrio de su mente.

Acepté su mano, pues, para subir, y luego caminé detrás de él por un camino de cabras, empinado y áspero. El llano fue quedando atrás. Él transportaba un envoltorio de plástico, en el que había guardado parte de la carne de venado que era nuestro único alimento. Carecíamos de sal, pero, cuando cortaba un trozo para mí, con su navaja de resorte, y yo lo mordía despacio, me sentía reconfortada.

Entró en la cueva y me miró durante un rato, sin decir nada. Yo sentía sus ojos sobre mí, como si quisiera leer mis pensamientos. Habíamos roto la barrera del silencio, por culpa de la bola de fuego y el espantoso trueno consiguiente, y sus últimas palabras parecían vibrar aún en mis oídos: «¡Y no tema, no me propongo hacerle ningún daño! ¡Está tan segura conmigo como si se encontrara con un hermano mayor!».

¿Qué edad tendría?, pensé yo.

—Escuche, Mármara —me habló despacio—, deseo que comprenda una cosa. Que sea usted mi rehén no quiere decir que haya de matarla cuando me vea rodeado por la policía… ¡Serán ellos los que no podrán disparar contra mí, que es muy distinto!

»Por eso le estoy agradecido, créame. Si supiera que iba a correr algún peligro, viniendo conmigo, no la habría traído.

—¡No tiene ningún derecho a hacerme esto! —repliqué, levantando la cabeza.

Las llamas vivas daban a su rostro un extraño y cambiante matiz. Sus ojos brillaban más que nunca. Y, sin embargo, no me pareció tan horrible como cuando me encañonó la primera vez con la pistola.

—Tengo derecho a vivir. No le he mentido. Las circunstancias me han llevado a esta situación. Me despidieron del trabajo, me encarcelaron… Hice mal en querer robar la oficina de contribuciones y en llevarme la pistola. Un arma obliga a disparar. Y al verme acosado, me defendí. Un policía es un hombre como yo. Pero se siente más fuerte porque alguien le ha dado autoridad y un arma.

»¡Yo también me di autoridad! ¡Tenía un arma…! ¡Y no quise dejarme matar!

Creí percibir un sollozo en su garganta. Bobby estaba haciendo un acto de contrición. Pero era un rebelde. No acataba la ley; no quería someterse, era indómito.

—Hizo usted mal —dije, por decir algo.

—¿Debí dejarme condenar e ir resignadamente a la horca, porque un alguacil, cuya obligación es arriesgar su vida por la justicia, y por lo que cobra, hubiese caído muerto? ¡Yo no tiré a matar! ¡Ellos sí que lo hacían! ¡Y sus balas silbaron sobre mi cabeza!

Hizo una pausa, densa y dramática, que no quise romper. Le estaba viendo sufrir. Me parecía estar dentro de su mente, dentro de su conciencia, donde la lucha era enconada. Pudo haberle dicho: «Es mejor que se entregue, Bobby. Si lo hace, se lo tendrán en cuenta a la hora de sentenciarle. Incluso yo podría declarar en su favor», pero me pareció demasiado ridículo.

Mi situación tenía mucho de insólita, de desesperada. Si él era un perseguido, un fugitivo desesperado, yo era una pobre chica en su poder, pendiente siempre de que apareciera alguien, se cambiasen disparos y sirviera de escudo a Bobby.

Recordaba una película que vi en Santa Rosa, con mi amiga Lena, en la que un «gángster», rodeado por la policía al salir de un café, se escudó detrás de una chica.

La policía le conminó a rendirse. El «gángster» disparó frenéticamente, alcanzando a un agente, y éste, en los espasmos de la agonía, disparó su revólver y mató a la chica.

Luego, sin escudo humano, una ametralladora acabó con la vida del delincuente. Aquella escena del film la recordaba yo ahora, aunque el escenario no fuese el mismo. En la puerta de un café había mucha gente. El «gángster» se escudó detrás de la primera que encontró… ¡Pero nosotros estábamos en una agreste y solitaria montaña!

—Le prometo que no le haré ningún daño, Mármara. No soy un sádico, ni un canalla. Sólo quiero huir, llegar hasta Méjico, irme a Sudamérica, a donde no me conozca nadie, empezar una nueva vida en otra parte.

—Pero no debe sacrificarme a mí. Mi familia estará intranquila. Estarán sufriendo, pensando en que me ha ocurrido algo.

—Sí, lo reconozco. Pero usted es la primera persona que encontré. Después de todo, ha sido una suerte para mí. Espero que

sepa comprenderlo. Pero esté tranquila… No tema… —Cambió de conversación, como si se hubiese dado cuenta, de pronto, que tanto repetirme lo mismo sólo podía aumentar mi inquietud. Y dijo—: ¿Qué sería esa bola de fuego?

Repuse instintivamente:

—Quizá sea uno de esos satélites que tiran en Cabo Kennedy. En la escuela nos explicaron que esos artefactos, al penetrar en la atmósfera, se incendian.

—Es posible. Pero me pareció un meteoro.

—Los meteoros también se desintegran cuando entran en nuestra atmósfera —contesté, deseando demostrarle que no era una chica inculta, como él.

—Se equivoca —me repuso, muy serio—. Hay meteoros que se estrellan contra el suelo. El cráter de Arizona es una prueba de ello. Tiene la misma forma que los cráteres lunares… ¡Y eso que he visto debe ser un meteoro! Leí una vez un libro de Julio Verne en el que buscaban un meteoro que parecía ser de oro macizo.

Casi estuve a punto de echarme a reír.

—¡No sea ridículo, Bobby Kovacks! —le repliqué con ironía.

No me contestó, de momento. Pero cuando lo hizo, me dejó perpleja:

—Subiremos a la montaña y lo buscaremos. De todas formas, mi camino está al otro lado de estos montes. Me gustaría ver ese meteoro, o lo que sea.

No me parecieron las palabras de un perseguido por la justicia. Más bien daba la impresión de ser un irresponsable. ¿O era que Koo-Djma estaba ya influyendo sobre él?

¡Me consta que el poder telepático de Koo-Djma es poderosísimo! ¡Quizá había intuido ya la presencia humana!

* * *

Cinco días de penosa marcha, trepando siempre hacia las cumbres, deslizándonos por caminos angostos y peligrosos que bordeaban profundos precipicios, colinas pedregosas, en las que aparecía, de vez en cuando, algún animal salvaje.

Una vez vi un puma que nos miraba desde una roca. Grité y Bobby sacó la pistola. Pero el animal desapareció, quizá asustado por mi grito. También vimos un oso asomado a una gruta, a veinte metros por encima de nosotros. Se escondió y no volvimos a verle.

Y, de repente, cuando menos lo esperábamos, surgió la columna de humo que nos indicó la presencia de seres humanos en aquellas montañas que creíamos desiertas. Al remontar un cerro escabroso descubrimos la casa, la altiplanicie y la huerta verde y florida.

Bobby se agazapó rápidamente.

—Agáchese, Mármara —me ordenó.

Obedecí, sentándome a pocos pasos de él. Sonreí.

—¿No esperaba encontrar que viviera gente por aquí arriba, eh?

—No. Pero apuesto a que podrían sernos útil. Nos pueden facilitar alimentos, quizás indicarnos el modo de cruzar los montes… Sí, eso. Aquí deben estar incomunicados del resto del mundo. Será mejor que nos acerquemos a ver quién vive ahí… ¡Vamos!

Se puso en pie, sacó la pistola del bolsillo posterior del pantalón y la montó. Yo me asusté.

—¡Por Dios, Bobby! —supliqué—. No cometa más locuras.

—No pienso hacer daño a nadie. Pediré que nos ayuden, pero si se niegan… —Su expresión se tornó amenazadora.

—¡Por la violencia no conseguirá más que complicarse la vida!

—¡No me crea un estúpido, pequeña! En marcha.

Avanzamos sobre el cerro y luego descendimos la suave ladera. Lejos, por encima de nosotros, se alzaba una montaña nevada. El aire era sano allí arriba, limpio, puro.

Al acercamos a la casa, escuché un grito de mujer, y, al poco, una anciana de cabellos blancos, vistiendo una falda muy larga y una chaqueta de paño, apareció en la puerta de la casa de troncos.

—¡Dave, Dave, ven! —gritó, sin dejar de mirarnos—. ¡Tenemos visita! ¡Son unos jóvenes!

CAPÍTULO III

—Perdón, señora —habló Bobby, en tono grave—; nos hemos perdido por estas montañas. Estamos desorientados.

Mery Russell me miró primero a mí, con cierta desconfianza, y luego examinó a Bobby. Creí ver transformarse su rostro y musitar un nombre o una palabra que no entendí. Era evidente, sin embargo, que la aparición de Bobby, más que la mía, le afectó.

Mi raptor llevaba escondida la pistola, pero le sabía dispuesto a sacarla rápidamente al menor gesto de hostilidad.

—¿Perdidos? —nos preguntó la mujer, con un hilo extraño de voz—. ¡Si nunca ha venido nadie por Russell Farm! ¡Vivimos aquí tan solos! ¡Oh, cómo se parece usted a mi inolvidable Dave! Pero usted no es Dave, ¿verdad?

Ahora, la anciana del cabello blanco, la faz arrugada y las ropas estrafalarias, miraba a Bobby intensamente, con la boca entreabierta, haciendo oscilar las aletas de su pequeña nariz, un tanto trémula.

—No, mi nombre es… Robert —dijo Bobby—. Ésta es Mármara.

Una voz sonó lejos de nosotros, a nuestra izquierda, detrás de la huerta. Era una voz de hombre. Me volví a mirar. Allí estaba Dave Russell, el ermitaño, el anacoreta del siglo XX, quien compartía aquella tremenda soledad con su esposa.

Ya he contado su historia a grandes rasgos, porque los he tratado durante los últimos días y me han contado sus vidas. Era fácil, sin embargo, adivinar que ambos habían sufrido una gran tragedia.

Vestían de remiendos, pero aparecían limpios. Él era algo más alto que su mujer y caminaba un tanto encorvado hacia delante. Llevaba una vieja escopeta de caza al hombro, pues ya he

informado de que por las cercanías merodeaban los animales salvajes.

Dave Russell aparentaba tener unos sesenta años, y su esposa, aunque tenía unos años menos, parecía más envejecida. Indudablemente, había sufrido más la pérdida del hijo que les hizo huir de la civilización para ocultarse en aquellas agrestes soledades.

—Perdone que les vengamos a molestar —habló de nuevo Bobby, dirigiéndose a Dave Russell—. Ignorábamos que viviese alguien por aquí. Nos encontramos desorientados.

—¿De dónde vienen? —preguntó Dave secamente, apuntando al suelo con la escopeta.

—De Santa Rosa —mintió Bobby.

Yo preferí no despegar los labios. Si decía quién era mi compañero, quizás hubiese ocurrido una tragedia allí, y mi temor era que Bobby reaccionase con violencia. Pese a todo, era un perseguido.

—¿Dónde cae eso? —preguntó Dave, mirándonos de hito en hito.

—Lejos de aquí —continuó Bobby—. Íbamos de excursión y nos perdimos.

—Debemos darles algo de comer, ¿verdad, Dave? —preguntó la anciana.

—¿Acaso buscan la roca negra? —nos dijo el viejo, demostrando así que no creía nuestras palabras.

—¿La roca negra? ¿Qué es eso?

—Cayó del cielo hace unas cuantas noches.

—¡Ah, sí! —exclamó Bobby—. ¡Vi su estela y escuchamos su estruendo! ¿Ha caído por aquí cerca?

—Al otro lado de la huerta, en el llano. Ha producido un cráter de veinte metros de diámetro. La roca está en el centro, medio enterrada. Todavía está la tierra caliente.

—¿Es un meteoro? —pregunté yo.

—Sí, debe serlo. Parece de hierro macizo, pero es muy irregular, como una roca. Debe de pesar muchos kilos. ¿Quieren verla?

—Si es usted tan amable de enseñárnosla… —aceptó Bobby, sonriendo.

—Llévales, Dave. Mientras, yo puedo prepararles algo de comer… ¿Crees que el queso estará ya bien para ser comido?

—¡Oh, Mery, qué impaciente eres! Debes dejarlo más tiempo. Carne, huevos, leche y fruta. Eso es sano y no perjudica.

¡El nombre de los huevos y la leche me hicieron la boca agua! Llevaba cinco días comiendo carne de venado sin sal. Y en el huerto estaba viendo hortalizas frescas, tomates y pimientos. Aquello era un vergel para el consumo del matrimonio.

Mery nos sonrió y se fue hacia la casa. Del corral salía un fuerte cacareo de gallinas. Parecía mentira que aquellos animales se hubieran podido reproducir tan bien en un lugar como aquél. Y la vieja vaca continuaba dando leche.

—¿Qué le ha dicho mi mujer al verle? —preguntó al viejo Dave a Bobby, bajando la voz.

A mí nadie me dirigía la palabra. Era como si no existiera.

—¿Qué quiere decir? —indagó Bobby, extrañado, sin comprender.

—Hace muchos años que no ha visto a nadie. Nosotros teníamos un hijo y… Bueno, al perderle nos vinimos aquí. La vida en la ciudad no tenía aliciente para nosotros. Era como un tormento. Creo que el tiempo debe curar estas cosas, pero aquí el tiempo no parece contar para nada. Parece que fue ayer cuando llegamos con el buen Pete Leeper… —Su mirada se hizo nostálgica, mirando al vacío, a la distancia, sin ver más que con los ojos del alma o del recuerdo—. Pero han pasado muchos años… ¡Demasiados, y Dios no quiere que vayamos todavía a reunimos con Dave!

—Sí, me dijo que yo me parecía a un hijo que tuvo.

—No vuelva a hablar de eso, muchacho. Vengan, la roca negra está por aquí… Entonces, ¿la vio usted caer?

—Sí. Y pensé que sería uno de esos artefactos que lanzan al espacio desde Cabo Kennedy.

—¿Quién lanza artefactos al espacio? —preguntó Dave.

—Los técnicos de la NASA, científicos de los programas espaciales.

Dave miró a Bobby de un modo extraño y luego a mí.

—No sé de qué me habla, muchacho… Hace más de diez años que estamos aquí. Pronto cumpliremos los trece años. Y no sabemos lo que ocurre en el mundo, ni nos interesa. No tenemos radio, ni recibimos periódicos, ni vemos a nadie que nos cuente cosas.

Creí que Bobby respiraba aliviado. Ahora se movió como si se

hubiese quitado un peso de encima. Sonrió comprensivamente, y su sonrisa hasta me pareció simpática.

—Han pasado muchas cosas desde que están ustedes aquí. En el año 57, por ejemplo, los rusos lanzaron el primer «Sputnik». Así empezó la carrera espacial.

—¿Pretenden llegar a las estrellas con una bala de cañón? —preguntó Dave, atónito.

—Y mucho más lejos, si puede ser. Ahora intentan alcanzar la Luna.

Dave nos miró de nuevo y luego se echó a reír.

—¿La Luna? ¿Qué clases de locos hay ahí donde usted ha dicho?

Rió a más y mejor, con un humor formidable y contagioso, que incluso me hizo sonreír a mí.

—No es ninguna locura —repuso Bobby, amoscado.

El viejo Dave, con sus pantalones remendados y su descolorida y larga chaqueta, reía aún, con la escopeta al hombro, cuando salimos del huerto y vimos el cráter reciente, del que aún se escapaba un débil vapor.

—El terreno está caliente —explicó el viejo—. Y la roca negra no se puede tocar… Es bueno que haya caído ahí ese bloque de hierro. Quizá, cuando se enfríe, encuentre el modo de cortar algún trozo y pueda fundirlo para hacerme herramientas metálicas. Se necesita un horno y carbón.

—¿Es usted capaz de fundir el hierro? —preguntó Bobby, asombrado.

—¿Y por qué no? Los hombres de la antigüedad lo hicieron, y tenían menos medios que yo. A mí me sobra el tiempo. Les enseñaré las cosas que he hecho en la carpintería. Mery me ha ayudado mucho…

Siguió hablando, hablando, como si quisiera desquitarse de los trece años que llevaba sin hablar con nadie, excepto con su mujer. Pero yo no le escuchaba, y creo que Bobby tampoco.

Estábamos sobre la tierra removida del cráter, y ante nosotros se encontraba la roca negra, el meteoro informe, medio enterrado en el suelo, después de haber desplazado toneladas de tierra y rocas con su formidable impacto.

La parte que sobresalía del cráter mediría como un metro de altura, y no era una esfera, propiamente dicha, sino una roca

informe, irregular, de rugosidades y superficies planas, porosas unas y agrietadas otras, como un enorme pedrusco de carbón.

A ocho o nueve metros de distancia, sentía el calor que despedía aún. Y, sin lugar a dudas, no se trataba de la cápsula vacía de un cohete espacial. Era lo que parecía: ¡un meteoro metálico!

¿Quién podía imaginar lo que era en realidad?

Yo, desde luego, no. Ni Bobby, ni el matrimonio Russell, puesto que nadie más lo había visto.

—¿No puedo acercarme? —preguntó Bobby.

—Hágalo. Pero no intente tocarlo. Está más caliente que una patata sacada del horno.

Mi raptor descendió por la vertiente interior del cráter, que era de tierra removida y caliente y se acercó a la roca negra. No llegó hasta ella. Se detuvo a dos o tres metros. Luego, la rodeó, diciendo:

—Es una piedra muy rara. Yo no diría que es de hierro.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el viejo Dave.

—Trabajé en un taller de reparaciones de coches. Y el hierro dulce o fundido no presenta este aspecto.

—¿Qué es, pues? —preguntó el viejo ermitaño.

—No lo sé… ¡Despide mucho calor! —Bobby terminó de dar la vuelta en torno al pedrusco y luego regresó a donde estábamos—. Apuesto a que los hombres de ciencia darían algo por ver esto.

—No me gustaría que viniese mucha gente por aquí —rezongó Dave—. Aquí vivimos tranquilos, sin ver a nadie.

Creí mi deber intervenir. Y dije:

—Nosotros nos iremos pronto, ¿verdad, Bobby?

Aquélla era mi postura. No quería decir a los dos ancianos lo que ocurría entre Bobby y yo, por temor a que quisieran defenderme y esto les costase caro. Pero podía utilizar a los viejos para irnos cuanto antes. Cada vez pensaba más en mi familia y en la inquietud que tendría mi madre por mi desaparición. Imaginaba lo que habría sucedido. Al no llegar yo a Albuquerque a la hora prevista, tía Deborah o tío Clem telefonearían a Santa Rosa, donde mi padre, que no era amante de las llamadas a larga distancia, gritaría para hacer comprender que yo había salido a la hora convenida. Luego, como su costumbre, pondría un telegrama.

¡«Daddy» tenía tanta fe en los telegramas!

Ya se habría armado el alboroto. La policía, las llamadas a los

puestos de carretera, gritos, lamentos, angustia. Y quizá, alguien habría relacionado mi nombre con el de Bobby Kovacks. Si se enteraba mi madre que estaba con un asesino evadido de la cárcel, se moría de espanto.

Bobby asintió.

—Sí… ¿No cree usted que debe ser más fácil descender de esta montaña, yendo hacia el sur?

Dave Russell se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Jamás me he alejado a más de media milla de aquí. No sé por dónde se va al norte, ni al sur, ni sé lo que hay detrás de esa montaña, cuyo nombre, si no recuerdo mal, es el de Sierra Blanca.

¡Eran palabras desalentadoras!

* * *

La comida me sirvió de mucho consuelo. ¡Hasta tenían sal!

—Pete Leeper —nos explicó la bondadosa señora Russell— encontró esas piedras de sal. Sólo tenemos que refinarla y da muy buen sabor a las comidas. ¡Nunca he visto una sal tan fina!

—Y el azúcar —preguntó, curiosa—, ¿de dónde lo sacan?

—De la remolacha —me contestó el viejo Dave, sonriendo—. El café también lo cultivo en el huerto. Pete nos trajo semillas de cafeto, aunque creía que en este terreno no fructificaría. Y nos llevamos el chasco.

»Sucede que esta altiplanicie no está azotada por los vientos. Sierra Blanca nos protege. Esto forma como una herradura, y la tierra es fértil. Yo la he abonado bien y ahora obtengo la recompensa. Al principio no teníamos nada… ¡Nada absolutamente! ¡Ahora, es una granja que hasta me da tabaco!

—¿Tabaco? —exclamó Bobby, agitándose en su asiento.

—Sí, tabaco. Yo hace tiempo que dejé de fumar, pero por ahí guarda Mery la caja y las pipas. Si le gusta fumar, joven, puede hacerlo. ¿Qué les parece todo esto?

—Lo que más me asombra es la luz eléctrica —añadí yo.

Mery vino con una tosca caja cincelada y se la puso a Bobby delante, exclamando, ufana:

—Tabaco de Russell Farm… ¡Todo está hecho por nosotros y por

la naturaleza!... ¡Ah, si estuviesen aquí en invierno verían que esto es maravilloso! Tenemos leña en abundancia. Yo leo la Biblia, y Dave pone trampas. Ya nos quedan pocas, porque se han perdido muchas, pero siempre cazamos.

—¿También se fabrica usted la pólvora? —preguntó Bobby, llenando la pipa de un extraño tabaco que olía a mohoso.

—¡Ah, no; eso no! Pero tengo un barrilito que me trajo Pete hace años, y que conservo con cuidado en un lugar seco. Me he aficionado mucho a la caza.

—¿Qué hacía usted, antes de venir aquí? —pregunté.

—Trabajé muchos años en un almacén. Yo era uno de esos hombres que acuden todos los días a su trabajo, sin faltar nunca, y regresaba a casa al anochecer. Un hombre ordenado y metódico. Cuando nos vinimos aquí, tuve que aprender muchas cosas que ignoraba. Pete Leeper nos quiso disuadir, diciéndonos que estábamos locos al quedarnos en un monte inhóspito como éste. Pero a nosotros nos gustó.

»Creímos que, al llegar el invierno, la helada nos mataría. ¡Y no ocurrió nada de eso! Fue todo lo contrario. Yo padecía algunos achaques reumáticos y todo se me curó. Esto es muy sano... ¡No hay nada como la montaña y la vida en la naturaleza!

»La tierra no engaña, amigo mío... ¡Son los hombres, en las grandes ciudades, los que engañan!

Me sorprendió esta salida del viejo Dave. Capté su filosófica nostalgia, sin comprender exactamente lo que quería decir, aunque intuí que debía de ser algo muy profundo, dada su expresión.

¿Cómo iba a engañar la tierra? ¡Qué tontería!

Dave Russell, sin embargo, tenía muchas más sorpresas que darnos. Una de ellas era su innato sentido de la comprensión humana. Quizá, en la época anterior de su vida, no fuese más que un empleado anónimo. Ahora era un hombre sagaz, pese a sus años.

Y nos dio una prueba de ello al preguntar, de pronto:

—Dígame, Bobby Kovacks, ¿por qué lleva usted escondida una pistola?

Yo me quedé helada.

Bobby, en cambio, continuó fumando la pipa tranquilamente. Me encantó su aire de hombre mayor, su serenidad, su calma. Él también parecía llevar muchos años viviendo en la montaña. ¿O era

que los días que duraba su huida le habían vuelto más cauto y entero?

—No se trata de un recuerdo de familia, señor Russell —replicó Bobby.

—¿Es usted policía?

—Todo lo contrario.

—¿Un ladrón?

Dave hizo esta pregunta del mimo modo que las otras, sin alterar su voz, con calma, como si no tuviese importancia lo que estaba diciendo.

—No llegué a serlo, pero me encarcelaron. Si no escapo, me habrían condenado.

Los dos hombres, el joven y el viejo, se miraron. Lo que pasó por sus mentes debí adivinarlo en aquel instante. Y, sin embargo, no pude hacerlo.

Estuvieron un rato sin hablar. Yo no me atrevía a despegar los labios. Creí que la atmósfera estaba demasiado cargada de electricidad, y si hubiese roto el silencio, acaso el rayo se habría producido allí mismo.

El silencio fue roto al cabo de un rato, cuando Mery Russell dijo:

—No olvides que has de traerme tomates del huerto, Dave.

—No lo olvido, querida… ¿Quieres acompañarme, Bobby?

—Sí, con mucho gusto.

Se levantaron y salieron. No obstante, desde la puerta, Bobby me dirigió una significativa mirada. «¡Aguarda, no te vayas!», pareció gritarme.

¿Y dónde podía yo irme? ¿Qué podía hacer? ¿No era un extraño destino el que me había llevado allí, contra mi propia voluntad? Huir sola era una locura. ¿Denunciarle? Pero ¿no se había denunciado él mismo?

¿De qué hablarían Bobby y el viejo Dave, en el huerto?

Decidí contárselo todo a Mery.

* * *

La bondadosa anciana me comprendió perfectamente. Luego, acarició mis cabellos y musitó:

—Confía en Dios, hijita. Él no te abandonará. Pero, como tú

misma has dicho, no creo que debas temer nada de él. ¡Ese chico te quiere y no te hará ningún daño!

Me horroricé y grité:

—¿Me quiere? ¡Me quiere un asesino! ¡Oh, no, me ha entendido usted! ¡Le he dicho que se ha portado muy bien conmigo, pero me ha traído contra mi voluntad!

—No hay mujer que vaya a ninguna parte con un hombre contra su voluntad —me dijo dulcemente—. Atiende, hijita. Yo soy ya vieja, y estoy un poco chiflada, si tú quieres. Pero la cabeza la tengo en su sitio. Yo estoy segura de que antes me habría dejado matar que seguir a un hombre… Y eso es así cuando no se quiere a ese hombre. Pero a ti te gustó desde el primer momento. Lo he comprendido. Y has estado dándote toda clase de excusas para justificarte a ti misma.

—¡Se equivoca usted! —exclamé, enojada.

—No, no, hijita. Es tu subconsciente el que ha actuado. Ese chico no te habría hecho ningún daño. No es un verdadero asesino, sino un descarriado. Huye, está asustado, pero no quiere estar solo. Él no es una fiera, es un hombre. Si fuese una fiera te habría…

—¡No me ha hecho nada! —grité.

—Precisamente. Ésa es la mejor prueba. Los hombres respetan a la mujer que quieren. Yo tenía un hijo que era como Bobby… Antes sufría mucho, pensando en él, y envejecí prematuramente de dolor. Ahora, a medida que se acerca el momento de volverle a ver en el más allá, donde nos está esperando, le recuerdo como un hombre digno y valiente, que se fue a la guerra a defender una causa que él creía justa. Dejó una novia que pronto le olvidó, y se casó con otro. Así es la vida. Y yo sé que mi hijo no habría hecho aquello, porque la quería de verdad.

»Yo conozco bien a los hombres, pues llevo muchos años casada con Dave. Y es tal la afinidad que tengo con él que hasta le adivino el pensamiento.

»Es un problema, sin embargo —continuó, mirando distraídamente hacia la ventana—, tú tienes familia y él está perseguido. No puedes quererle, aunque sea eso lo que más te conviene.

—¿Querer a un asesino, raptor y ladrón? ¡No he caído tan bajo, señora! —exclamé, furiosa, poniéndome en pie.

Mery Russell suspiró, levantándose también y yendo hacia la cocina.

—No me hagas caso. Si es eso lo que quieres, él te llevará con tus padres, aunque sepa que la policía le va a echar mano en cuanto salga de estas montañas… No hablemos más, hijita. Déjale hacer. Y si quieres irte, no seré yo quien te retenga.

Me dejó sola y anonadada. Mi mente era un caos. ¿Bobby enamorado de mí? ¿Era posible? ¡Qué situación más incongruente! ¡Yo era la víctima allí, pero tal parecía, a juzgar por las palabras de aquella extraña mujer, que Bobby estaba en mi poder y yo era una bruja maléfica que le había secuestrado contra su voluntad!

Y, pese a todo, continuaba encontrándole atrayente. ¡Me gustaba Bobby, lo confieso! Y hasta habría sido capaz de quererle, de no haber sido porque… porque…

¿O le quería? ¿Qué era aquello, piedad, compasión, angustia, temor, zozobra, inquietud o afecto?

¿Era posible que estuviese enamorada de él?

Cuando volvió, media hora después, con el viejo Dave, me miró de un modo significativo. Creo que entonces supe la verdad… ¡Y me sentí profundamente avergonzada!

Mi asombro aumentó cuando vi al viejo Dave sacar del bolsillo de su chaqueta la pistola automática de Bobby y dejarla sobre la repisa de la chimenea, junto con un puñado de balas… ¡Bobby le había entregado el arma!

Aquella noche, la señora Russell me preparó una cama con varias sillas, colocó encima un jergón lleno de lana y plumas, me dio mantas, pues las noches eran frescas en la montaña, y me tendí a dormir cerca de la chimenea.

Ellos dormían en la habitación contigua. Me habían ofrecido dormir con la señora Russell, y el viejo Dave dormiría en mi improvisado lecho, pero rehusé terminantemente. No estaba dispuesta a sacarles de sus viejos hábitos.

Bobby, por su parte, se fue a dormir al granero. También se llevó una brazada de mantas, y dijo que él mismo se arreglaría. No se preocupó de la pistola, que el viejo había dejado sobre la chimenea de piedra, al alcance ahora de mi mano.

No pude dormir, pese a estar cansada. Tenía la mente llena de pensamientos extraños. Quería huir sola, irme lejos, a buscar el

camino hacia el llano, aunque me despeñase. Y, por otra parte, deseaba quedarme allí.

Estaba segura de querer a Bobby, pero también estaba segura de que nos separaba una insalvable barrera. Él era un perseguido. Tarde o temprano le encontrarían y entonces… ¡Me horrorizó pensar en lo que le sucedería!

Yo no le creía un asesino. ¡Era imposible que lo fuese, aunque él mismo lo hubiese confesado! ¡Los asesinos no son como Bobby Kovacks, estaba convencida de ello! Pero ¿cómo eran los asesinos?

Cambié de pensamientos, dejándome arrastrar por el romance. Me hubiese gustado que todo fuese distinto. Era maravilloso pensar que Bobby podía haber sido un muchacho cualquiera, cómo los que pasaban por Santa Rosa en busca de trabajo… ¡Yo no soñaba con que fuese el hijo de un millonario! Billy no lo era y…

¿Por qué pensaba ahora en Billy? ¿No era Bobby cien veces más interesante que él? ¿Por que me había besado y Bobby no? ¡Desde luego, no tenían punto de comparación! ¡Eran tan distintos!

Pero Billy no habría llegado al extremo de humillarme. Todo lo contrario. Billy sería siempre un muchacho dócil y obediente, que me seguiría a donde yo quisiera llevarle y al cual su innata timidez le había llevado a esperar veintiún años para darme un beso, ¡y aun lo hizo porque yo quería que lo hiciera, y se lo insinué!

¡Oh, mi vida había cambiado brutalmente!

¿Por qué no tomaba la pistola, iba al granero y le ordenaba a Bobby que me llevase al lugar donde me había raptado? ¿Por qué no? Ahora tenía la ocasión. No tendría más remedio que obedecer. Luego, podría dejarle ir, darle incluso algún dinero, y no decir a nadie que le había visto.

¡Pero esto representaba separarme de él!

«Quizá tenga razón la señora Russell —me dije, con los ojos muy abiertos, mirando hacia los rescoldos de la chimenea—. Debo estar enamorada de él… Estas cosas pasan. ¡El amor, el verdadero amor, ha de surgir en alguna parte, en un momento determinado, y entonces…! ¡Soy una tonta sensiblera! ¡Basta de tonterías! No puedo hacer caso a una vieja histérica…».

Me incorporé y escuché. Los viejos debían de estar dormidos. Yo estaba vestida. Sólo tuve que calzarme las zapatillas de tenis y tomar la pistola, que me pareció fría y grande para mi mano.

Ignoraba si estaba cargada o no. Pero no me importó. El arma era suficiente para lo que yo quería. Le amenazaría con ella, le obligaría a llevarme… ¡Tenía que sacarme de aquella montaña!

Me acerqué a la puerta, de puntillas, y levanté el pestillo. Abrí. Hacía fresco afuera, pero era soportable. Rápida y silenciosamente, fui hacia el granero, situado detrás de la casa, y me sorprendió encontrar la puerta abierta.

¿Dónde estaría Bobby?

¿Acaso habría salido? ¿Se habría ido solo, dejándome allí con aquella pareja de ancianos? Este pensamiento me aterró. Pero lo rechacé inmediatamente. Bobby estaría allí dentro, durmiendo, quizá, en el altillo. Se olvidaría de cerrar la puerta o…

No me atreví a entrar. Desde la puerta, con voz baja, llamé:

—Bobby, salga… Quiero decirle algo.

Nadie me contestó. ¡Qué extraño! ¿Acaso estaba dormido tan profundamente que no me había oído? Esto no era posible. Yo le había visto dormir noches atrás, ¡cuando no tenía intención de escapar, porque la soledad me sobrecogía!, y sé que su sueño era ligero, inquieto. Una vez le descubrí mirándome. Eso fue en la cueva, la noche que cayó la roca negra y se oyó el gran trueno.

Me decidí a entrar. No podía hacerme daño, porque le diría que estaba armada.

Sólo di tres o cuatro pasos dentro del granero. Los latidos de mi propio corazón me ensordecieron. Sentí deseos de dar media vuelta y salir corriendo, regresando a mi lecho caliente. Pero no pude mover las piernas. Tenía tanto miedo.

—Bobby, ¿dónde está usted?… ¡Bobby!

Mi grito me alarmó y entonces salí corriendo, para… ¡Ir a caer en los brazos del propio Bobby, que regresaba del establo en aquel momento!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué llevas la pistola? —Me tenía sujeta por los hombros y creo que me apreté contra su cazadora de cuero—. ¿Dónde ibas? ¿Qué quieres? ¿No me has llamado?

Empecé a llorar y él me consoló, pasándome la mano por el cabello. Luego, me quitó la pistola y se la guardó en el bolsillo.

—No llores, pequeña. Te llevaré con tus padres. Se lo he prometido al viejo Dave. Mañana emprenderemos el camino. Si me apresan, mala suerte; si no, me iré lejos… He comprendido que no

puedo sacrificarte. ¡Tú no tienes la culpa de lo que me ha…!

Se detuvo. Yo continuaba llorando sobre su pecho.

Me soltó de pronto, lanzando una exclamación ininteligible, y luego le oí decir, con voz llena de profunda sorpresa:

—¿Qué infierno es ése?

Levanté la cabeza. A la débil luz de las rutilantes estrellas, vi su rostro vuelto hacia la huerta, y me volví también. Entonces, con estupor, ¡vi una extraña fosforescencia verdosa que parecía salir de la tierra, más allá del sembrado, precisamente por donde estaba el cráter del meteoro!

Era un halo grande, visible, fantasmagórico, impresionante. ¡Y yo jamás había visto aquella tonalidad de verde, brillante en el centro y más tenue en los extremos!

—¡Procede de la roca caída del cielo! —exclamé.

—¡Vamos allá! ¡Eso es algo extraño!

—¡No! —grité, presa del pánico, apretándome contra él—. Tengo miedo… ¡Puede sucedernos algo! ¡Eso no es de este mundo!

—¿Qué tonterías dices? Debe tratarse de alguna clase de fenómeno natural, sólo visible durante la noche. Los Russell no lo han visto, porque al anochecer se encierran en la casa y no salen hasta que amanece. Si tú no vienes a buscarme, tampoco lo habríamos visto… No temas nada. Vamos, averiguaremos de qué se trata.

Me tomó de la mano, transmitiéndome su calor y su ánimo, y me llevó por el sendero que partía en dos el huerto. A medida que nos acercábamos al extraño halo luminoso, sentía aumentar mis temores. Hice todo lo que pude para retener a Bobby, pero él tiraba de mí. ¡Es un muchacho valiente!

Se detuvo al borde del cráter.

—Quédate aquí —me dijo—. Yo subiré. Estoy seguro de que esta luz procede de la roca negra.

No respondí. Tenía tanto miedo que mis labios se negaron a separarse, y la lengua se hubiese negado a moverse. Pero cuando él se alejó, fui tras él, agarrada a su brazo.

Debió sonreír. Yo no le miraba. Tenía la mirada fija en aquella luz radiante y verdosa. ¿O era azul? ¿Verdiazul? ¿Qué color era? No sabría explicarlo. Algo irreal.

¡Y vi que procedía de la roca que durante el día era enteramente

negra, pero que ahora se había convertido en una piedra refulgente, foco de luz radiante, viva, esmeraldina, de un maravilloso tono, como si se hubiera transformado es una enorme gema!

Quedé como embobada, atónita. ¡Estaba presenciando algo increíble, y no estaba soñando, ni mucho menos! A mi lado, Bobby, mudo también, sentía lo mismo que yo. ¡Jamás, estoy segura, nadie en este mundo había visto lo que nosotros estábamos presenciando!

Luego, un sopor nos fue dominando. Se nos entornaron los ojos, nos embargó una dulce lasitud, un grato adormecimiento, y caímos, uno junto al otro, sobre la tierra caliente todavía, levantada por la caída del meteoro viviente.

* * *

Me vi, o me sentí, tendida sobre algo blando. A mi alrededor todo era de aquel radiante color verdoso… ¡Todo! ¡Un inmenso mundo lleno de luz, paradisíaco, donde se adivinaba, más que se veía, algo así como extensas calles, separadas entre sí por altos muros!

Parecía encontrarme en el punto de partida de múltiples caminos. Pero al revés de lo que ocurre al situarse en el centro de una calle, delimitada por líneas paralelas que iban a unirse, convergiendo, en el horizonte, ¡aquellos caminos partían todos de mí y se ensanchaban a medida que se alejaba mi vista sobre ellos!

No había árboles, ni gentes, ni nada. Caminos o calles, separados por muros, ensanchándose en la distancia. Era algo jamás visto, jamás soñado, ni intuido siquiera. Algo fascinante, dilatado, inmenso.

»Esto es Kraal —debió decir Koo-Djma en mi mente—. Y lo que ves solo es una parte muy pequeña. Tu mirada no puede abarcarlo todo… Es un inmenso mundo, ahora desierto y solitario. La raza se ha extinguido con el tiempo… ¡Ya sólo queda Pneonka, que no tardará en morir!

»Ahora te enseñaré el palacio más viejo del universo entero, porque Kraal es el mundo más antiguo de cuantos orbitan en el cosmos infinito. En Kraal nació, hace infinidad de tiempo, la primera vida… ¿Cómo contáis vosotros el tiempo?

»—Por siglos, años, meses, semanas, días, horas, minutos y segundos», me respondí a mí misma, de modo monótono.

»—¿Qué es un siglo para vosotros?

»—Poco más de la vida de un ser humano. En ese período de tiempo, la Tierra da cien vueltas en torno al sol que nos alumbra. Cada día, la Tierra da una vuelta sobre sí misma, lo que origina el día y la noche.

Koo-Djma

debió de efectuar el cálculo de mi informe en su cerebro de cristal de jade, porque me dijo, al cabo de poco rato:

»—Según vuestro factor-tiempo, Kraal es exactamente mil trillones de veces más antiguo que vuestro planeta. Vosotros fuisteis formados hace veinte mil millones de años. ¿No es así?

»—Lo ignoro —dije—. Soy incapaz de efectuar esos cálculos.

»—Comprendo. Sé quién eres. He leído tu mente. Estoy en ti y en tu compañero, ése que huye de alguien, porque teme morir. Él y tú sois jóvenes… ¡Sois los seres que necesita Kraal para resucitar!

»Yo te explicaré bien esto.

»El centro motor del universo en que nos hallamos está en Kraal. Los demás mundos se formaron después, y todos orbitan en torno a Kraal, con la precisión cosmológica de un reloj gravitacional perfecto. No hay colisiones entre los grandes mundos del cosmos. Todo está regulado en relación a la masa y al tamaño de cada cuerpo. Existe atracción y repulsión. Se atraen y se repelen entre sí. Vosotros lo habréis visto en el sistema que habitáis. El astro central retiene a los mundos que fueron expulsados de él mismo en las convulsiones internas. Eran enormes explosiones de gas que se licuaron, formando grandes esferas líquidas y sólidas. Ésas son las químicas del cosmos, lentas, comparadas con las vidas efímeras de los seres que luego habrían de poblar sus suelos o sus mundos líquidos o gaseosos.

»La mecánica de los cielos coordinó esos mundos, cuyo destino final será crear otros nuevos mundos, en otras magnitudes en expansión creciente. Sin embargo, primero se formó Kraal, centro vital del universo. De esto hace el tiempo que te he dicho. Si vuestro mundo tiene veinte mil millones de años, Kraal es mil trillones de veces más antiguo.

»Sé que tu mente no capta bien estas cifras de magnitud

inconmensurable. Pero no importa. Te lo digo para que sepas lo que es Kraal, en donde sólo queda un morador que agoniza desde hace cientos de años, y que no puede morir hasta que la sucesión no quede asegurada.

»Si Pneonka muriera sin haber confiado a otros el secreto inmortal del origen eterno de la vida, ocurriría un gran desastre. Con él desaparecería el eslabón de la continuidad humana. En el universo infinito existen muchos mundos habitados por razas distintas, cuyo destino es una incógnita.

»Pneonka sólo conoce el pasado y el presente. El futuro del universo está regido por fuerzas creadas por las mismas razas que pueblan los mundos, muchas de las cuales se han extinguido entre sí, en cruentas guerras fratricidas, pero otras se han unido, formando nuevas razas.

»La misión de Pneonka es sagrada. Él sabe que no puede morir, pero es muy viejo ya y necesita el descanso eterno, como sus antepasados, los forjadores de mundos, y cuya raza se ha extinguido después de miles de siglos dando vida a otros mundos.

»Pneonka y sus padres ancestrales poseyeron la suprema sabiduría. Ellos vieron nacer y desarrollarse infinidad de razas, y las estudiaron con él amor de creadores, aunque no pudieron nunca torcer el destino de nadie. Eran, eso sí, los guardianes de la verdad de la Historia. La historia de vuestro propio mundo, desde su más remoto origen, fue observada desde Kraal, grabada en máquinas y conservada en esos archivos inmensos que a ti te han parecido muros que separan las calles de un pueblo insólito.

»Son las vías que conducen a donde está escrita la historia de las razas del universo. Todo es mecánico allí, como lo soy yo mismo, vuestro servidor
Koo-Djma,
nombre que significa *Explorador-del-Cosmos-en-busca-de-los-continuadores-de-raal*. Yo no soy un ser como vosotros. Soy una máquina-cerebral, máquina pensante, creada por Pneonka, para cumplir una misión exploratoria. ¿Me comprendes bien, Mármara Kuss?

»Ése es mi destino y para ello fui creado y enviado al cosmos. La trayectoria de mi órbita me ha llevado hasta aquí, aunque igual pude haber llegado a otro mundo más distante, entre otros seres

diferentes a vosotros. Eso es lo de menos. Lo importante era llegar a cualquier parte.

»Imagina cuál sería mi asombro al darme cuenta de que he caído en un lugar desierto, en el que sólo habitan dos ancianos casi marchitos. Eso sería lo de menos, puesto que Pneonka les concedería vida prolongada y duradera. Pero no podría restaurarles la vitalidad que necesitarán para adaptarse a la vida en Kraal. Son viejos, aunque fuertes. Además, no desean vivir.

»¡Y lo peor es que no pueden tener descendencia! Eso es muy importante, porque la raza de Kraal se extinguió precisamente por ese motivo. La vida es un fenómeno natural que se transmite en herencia de padres a hijos. Pero cuando ese fenómeno se extingue, como se extingue la luz en los astros que han estado irradiando calor mucho tiempo, la vida desaparece y llega la muerte.

»La muerte es el silencio, la soledad, el vacío, la nada. La muerte sólo deja recuerdos, pero éstos los borra el tiempo. El universo está plagado de mundos muertos, cuyo destino ignoramos, pero que siguen vagando, errantes siempre, por el infinito espacio sideral.

»Pneonka sabe esto. Y sabe que la vida sigue brotando en mundos nuevos. Pero él no puede vivir para continuar su labor. Le han dejado solo los suyos y se siente morir. Por eso necesita la continuidad de quienes puedan repoblar Kraal, darle una nueva raza, nuevo ímpetu y vigor, a fin de continuar la labor de observadores de mundos que les fue asignada al nacer.

»Los seres de Kraal llevaron la vida a infinidad de mundos. Éstos la difundieron a otros, de suerte que las razas de un origen común, se han ido transformando, según las leyes imperantes en el ambiente donde se han desarrollado durante su progreso, y muchas de aquellas razas primitivas, originarias de Kraal, no se parecen ahora en nada a Pneonka, quien ha conservado puro su origen.

»Hay muchos, muchos mundos, en los que sus habitantes son como Pneonka. Vosotros sois uno de ellos, porque vuestro origen, relativamente reciente, se produjo con la llegada de una pareja de Koo-Djmas-Kraales, a bordo de una nave semejante a la que me ha traído a mí, y aquí crearon vuestra raza.

»No habéis tenido más cambios etnológicos que los propios del terreno y lugar en que habéis vivido, y de ahí los distintos colores de pigmentación de vuestra epidermis. Eso carece de importancia,

puesto que el progreso y la evolución os hará iguales, con los años, al mezclarse unos con otros.

»Pneonka es ligeramente rojo. Y su cráneo está más desarrollado, pero su anatomía es igual a la vuestra. Posee piernas, tronco y brazos. Se mueve erguido y habla con los influjos de su mente, único modo de hacerse comprender por los seres del universo, dada la diversidad de lenguas que han creado las razas.

»Pneonka nos mandó en busca de los descendientes de Kraal. Él conoce la historia, por ser su máximo guardián. Él sabe lo que todos debéis a su raza. Por eso, ahora que siente aproximarse su fin, desea que le suceda alguien que sea capaz de revitalizar Kraal y continuar la labor que él y los suyos se vieron obligados a dejar, por carecer de sucesores.

»¿Me has comprendido, Mármara Kuss?

»—¿Quiere Pneonka que yo vaya a darle herederos?

»Sí, pero él no puede ya tener descendencia. Renuncia a todo, incluso a la pureza de su raza. La vida se le acaba, y él es el último de los habitantes de Kraal. Su deseo es que vaya una pareja capaz de reproducirse… ¡Y yo os pido que vayáis tú y Bobby Kovacks!

»—¿Y no podremos volver más?

»—No —me dijo
Koo-Djma
con su voz que no se expresaba en inglés ni en ningún otro idioma, pero que mi cerebro dormido captaba con toda su fuerza—. No podréis volver nunca más. Os iréis conmigo, dentro de mí, y llegaréis a Kraal en poco tiempo. Allí, Pneonka os trasmitirá su poder, sus leyes, y os revelará el manejo de sus máquinas, para luego, al fin, ir a reunirse con sus antepasados. Su raza ha muerto. La vuestra, que es prolongación de la suya, le sustituirá.

»—¡Eso es inaudito! ¡Yo estoy vinculada a este mundo! ¡Tengo familiares aquí a los que amo, padres, amigos…!

»—Ésos son atavismos de los que puedes librarte fácilmente. Sin embargo, aunque ellos no podrán verte más, tú sí podrás verlos a ellos. Las máquinas registradoras de historia de Kraal son tan poderosas que bastará presionar un determinado impulsor de imagen y podrás ver a quien quieras, dondequiera que esté.

»—¡No puedo acceder! ¡No iré a Kraal! —supongo que gritó mi mente, revelándose contra aquella asombrosa proposición.

»—No puedo obligarte. Ya te he dicho que ignoramos el futuro. El destino de los seres humanos se lo trazan ellos mismos, en contra de vuestra creencia. Pues si alguien, por muy poderoso que fuese, pudiera conocer lo que va a suceder mañana, o dentro de un segundo, ocurriría un desastre.

»Eres libre de aceptar o no, porque de tus actos sólo tú eres la única responsable, y la semilla que siembres hoy fructificará o no a su debido tiempo. Lamentarse de lo bueno o malo que se hace, cuando las consecuencias no son las deseadas, es inútil.

»Por eso te ruego que reflexiones. Pueden suceder cosas que te hagan cambiar de parecer. Yo no puedo irme de aquí hasta que no lleve conmigo a los que deben sustituir a Pneonka. Si no eres tú, será otra persona, eso no importa. Pero habrá de ser alguien que reúna las condiciones específicas que me fueron impuestas al construirme.

»—¿Y no puede ir contigo el matrimonio Russell? ¡Ellos están casados!

—»Sí, pero no pueden tener descendencia. No te preocupes. Tarde o temprano, alguien vendrá a esta montaña y se acercará a mí. Podrán ser hombres solos o mujeres solas. Pero yo sé esperar. Estoy seguro de que, a no tardar, vendrán gentes curiosas, interesadas en saber qué soy, y puede que entre ellos encuentre a la mujer y el hombre que necesito. Entonces les adormeceré, como he hecho contigo y con Bobby Kovacks, y les haré la proposición. Si aceptan, Kraal se habrá salvado. Si se niegan… ¡Bueno, quizá desaparezcan las razas del universo! No ahora, inmediatamente, sino que ocurrirá lo mismo que en Kraal.

CAPÍTULO IV

Abrí los ojos y me encontré en la cabaña de troncos de los Russell. En seguida escuché el murmullo de voces, en torno a la mesa, como si tres conspiradores estuvieran allí, tramando algo siniestro.

Yo estaba tendida en el lecho que me preparó la señora Russell la noche antes, junto a la chimenea, cuyo fuego se había apagado del todo.

En torno a la mesa, sobre la que había platos de madera, tazas y los restos del desayuno, se encontraban el matrimonio de ancianos y Bobby, hablando en susurros. Palabras como «¡Asombroso!», «¡Imposible!», «¡Inaudito!» e «¡Impresionante!» llegaron hasta mí.

Vi que el sol estaba ya alto en el cielo y sus rayos penetraban en la extraña vivienda, contrastando con la irrealidad de mi sueño… ¡Sí, sueño! ¿Qué otra cosa podía ser?

Comprendí que el calor de la tierra removida por el meteorito, la extraña fosforescencia que irradiaba y no sé qué más, debieron de producirme un desvanecimiento. Bobby debió levantarme y traerme a la casa.

En mi agitado sueño oí aquellas cosas increíbles.

¿Qué estaba sucediendo a mi imaginación? Nunca he sido propensa a las pesadillas. Soy una muchacha sana, fuerte, bien equilibrada de cuerpo y mente, y lo único anormal que me había sucedido era mi encuentro desastroso con Bobby Kovacks.

Me había obligado a seguirle, amenazándome de muerte, y después de una semana de estar con él… ¡Bueno, yo era una loca! ¿Cómo había podido enamorarme de un asesino, un ladrón y un raptor? ¡Qué locura más estúpida!

Recordé la escena de la víspera, cuando fui en busca de Bobby, y me sonrojé. Me dije que debía estar influido por mi confidencia a la

señora Russell, quien me dijo que Bobby me había respetado porque me amaba. ¿Cómo podía amarme aquel salvaje?

Admito que me dejé abrazar y acariciar por él. Y hasta que me llevó de la mano hasta donde brillaba la roca viviente, donde debí desmayarme a causa de las muchas emociones, ¡pero mi sueño era falso!

¡Tenía que ser eso, sólo un sueño! ¡No podía ser verdad, porque esas cosas no existen! ¡No hay mundos habitados, no hay…!

—Parece que ya se ha despertado —oí decir a la señora Russell.

La miré. Ella se levantó y vino hacia mí, sonriendo.

El viejo Dave y Bobby también me miraban con una expresión extraña, inquisitiva, expectante.

—¿Cómo te sientes, pequeña? —me preguntó Mery Russell.

—Algo confusa y aturdida —respondí, pasándome la mano por la frente.

—¿Has tenido pesadillas? —La pregunta era directa, intencionada.

Yo miré a Bobby, creyendo ver acentuarse su expresión expectante, como si toda su existencia dependiera de mi respuesta.

—Sí —admití—. He tenido un sueño extraño.

Bobby y el viejo Dave cambiaron una mirada significativa.

—Yo te traje aquí —habló Bobby, mirándome, sin moverse de junto a la mesa—. Cuando desperté, tú seguías dormida.

—Sí —dije, como distraída—. Aquella luz verdosa…

—¿Ve usted? —exclamó Bobby, dando una palmada sobre la mesa.

—Calla, hijo —le atajó el viejo Dave—. Déjala hablar. Ella nos lo dirá, ¿verdad, pequeña?

—¿Qué tengo que decir? —pregunté.

—Lo que viste… Y si oíste algo.

Ahora fue Mery Russell la que habló, poniéndome su arrugada y blanda mano en mi frente.

—Fui al granero —empecé a decir—. Quería obligar a Bobby a que me llevase allá abajo, donde me encontró. Pero él no estaba. Me asusté y salí corriendo, tropezándome con él en la puerta. Entonces… vimos la luz irradiar de la roca.

—¿La viste de verdad? —preguntó el viejo Dave, interesado.

—¡Claro que la vio! —exclamó Bobby, excitadamente—. Ya se lo

he dicho. ¡La vio igual que yo! ¡Y nos acercamos!… ¡No comprendo cómo no la han visto ustedes!

—Yo no la he visto porque no está. ¿Cómo va a dar luz verde o azul una roca negra? —preguntó Mery Russell, volviéndose a Bobby.

—Es cierto —dije, interviniendo—. Yo vi la luz. Nos acercamos y… Bueno, creo que me desmayé.

—¡Te dormiste! —gritó Bobby, poniéndose en pie, con el rostro desencajado—. ¡Y oíste hablar a
Koo-Djma!
¡Y escuchaste la historia de Kraal y Pneonka! ¡Diles que es cierto! ¡Diles que no miento! ¡No quieren creerme!

Yo lancé un grito y debí de abrir mucho los ojos, horrorizada. Bobby se inclinó sobre mí, impidiéndome incorporarme, a la vez que me sujetaba por los brazos.

¡No podía dar crédito a lo que había oído!

¡¡Bobby había tenido el mismo sueño que yo!!

—¡Suéltame! ¡Quiero irme de aquí! ¡Esta montaña está embrujada! —gritó.

—Déjala, Bobby —oí decir al viejo Dave—. Apártate de ella. Será mejor que salgas fuera. Nosotros hablaremos con ella. Conocemos tu historia, ahora ella nos contará la suya. No has debido decirle nada.

Bobby me soltó. Era evidente que hacía un esfuerzo para dominarse.

—Sí, tiene usted razón, señor Russell. Estoy seguro de lo que he dicho. La actitud de Mármara me confirma que tengo razón. Hable con ella, pregúntele. Yo iré a dar una vuelta por ahí. Si me necesitan, llámenme.

Se dirigió a la puerta, la abrió y salió al exterior.

En cuanto desapareció de mi vista me levanté. Estaba vestida, como la víspera, y llevaba las zapatillas puestas.

—Siéntate ahí, hija. Yo quitaré la cama. El desayuno está en el fuego, todavía caliente. ¿Tomarás tostadas, leche y mantequilla? —me preguntó la señora Russell—. Si deseas otra cosa, pídelo. Ya sabes lo que tenemos.

—No siento apetito. Quisiera irme.

—Aguarda, hijita. —El viejo Dave me habló cariñosamente—.

Deseo hablar contigo. Bobby nos ha contado una historia muy extraña. Dice que se trata de un sueño real. Nosotros, naturalmente, no lo hemos creído. Pero si tú… Bueno, es imposible que dos personas puedan tener el mismo sueño simultáneamente, o, al menos, eso es lo que aconseja la razón…

»Quiero decir con esto que… En una palabra: ¡di algo!

Yo he tenido sueños extraños en muchas ocasiones. Según parece, los sueños proceden de un estado anímico y nos hace ver, en inquieto y agitado dormir, curiosas pesadillas, rodeadas de escenarios fantasmagóricos o extraños, quizá asociados a recuerdos que conservamos en la mente, y que luego nos dejan un penoso recuerdo al despertar. Esa impresión angustiosa de la pesadilla estaba en mí. Pero no era como otras veces. Yo no he sido nunca capaz de retener claramente un sueño, una vez despierta. La realidad desvanecía siempre la pesadilla, dejándome confusos girones del sueño, deshilvanados e incoherentes.

En esta ocasión es distinto. Todo lo recuerdo con una claridad meridiana, palabra por palabra, nombres, explicación… ¡Todo cuanto me dijo
Koo-Djma
estaba vivo en mi mente!

Me senté en la silla que había dejado Bobby apoyé las manos en el borde de la mesa. Miré a Dave Russell.

—¿Quiere usted confrontar mi sueño con el de Bobby? —pregunté secamente.

—Eso es… Confrontar. Intento averiguar lo que hay de verdad o de mentira en eso.

—¿Y no cree que podemos decirle una mentira? ¿O que podemos habernos puesto de acuerdo?

—Bobby te trajo anoche y te depositó ahí. Luego nos despertó. Y tú no te has despertado hasta ahora. Si os pusisteis de acuerdo, debisteis hacerlo antes de llegar aquí, ayer. Pero no se trata de eso. Se trata de la roca negra. Bobby me despertó para que viese su luz. Nosotros fuimos allá en la noche y no vimos nada. ¡Pero él no fingía ninguna comedia al decir que la había visto!

—¿Que la había visto? ¿Es que cuando volvió con ustedes no estaba ya la luz?

—No. Bobby no la vio. Pero juró y perjuró que la había visto

contigo.

—¿Y qué les contó?

—Nos dijo que se durmió y que vio un mundo lleno de caminos, separados por altos muros.

Palidecí. ¡Yo también había visto aquello!

—Es cierto —dije con un hilo de voz—. Yo también lo vi. Y le puedo jurar a ustedes por lo que más quiero, que son mis padres, que es cierto. Incluso escuché la voz de
Koo-Djma.
Me dijo que hay un mundo donde el único superviviente de una raza similar a la nuestra, antiquísima, está agonizando, y quiere que vayamos a sustituirle.

—¡Eso es lo que cuenta el muchacho! —exclamó Mery Russell, escapándosele una taza de las manos, la cual se estrelló en el suelo —. ¡Es lo mismo! ¡Y dice que a nosotros no nos quieren porque no podemos tener hijos, y allí se necesita una pareja capaz de reproducir una raza!

De nuevo sentí un desvanecimiento. Sin embargo, esta vez no lo produjo la luz de la roca viviente. Fue mi propio organismo, afectado por aquella revelación.

¡Era demasiada coincidencia para que fuese falso!

Pero no me desmayé, sino que lo que hice fue contar mi «sueño». Durante un rato, los ancianos parecieron beber las palabras de mis labios, en silencio, mirándome asombrados y boquiabiertos.

* * *

—¡Exactamente igual que ha dicho Bobby! —exclamó Mery Russell, santiguándose.

Por su parte, Dave no dijo nada. Parecía reflexionar los puntos de la historia, juzgándola y calibrándola. Su mujer y yo le mirábamos, aguardando sus palabras, como si fuésemos acusados que esperan el veredicto de un juez inapelable.

Dave Russell no nos defraudó al decir:

—Estaba pensando que, por alguna razón, la roca negra puede brillar en la noche sólo para las personas que le interesan. No sé qué, ni cómo, ni por qué, pero hay algo en ella… Algo que, de haber estado relacionado con Mery y yo, habríamos visto, y, sin

embargo, no somos capaces de ver.

—¡Un mensaje! —dijo yo—. Esa piedra meteórica contiene un mensaje. Por un procedimiento que no entendemos, la luz adormece a los que se acercan a ella, y luego,
Koo-Djma
explica su deseo.

—¿Quién es
Koo-Djma?
—preguntó Dave.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir yo, pobre de mí?

—Ya le he dicho quién nos dijo ser… Un *Explorador-del-Cosmos-en-busca-de-los-continuadores-de-raal*… Una máquina negra cerebral y pensante que debe encontrarse dentro de la roca negra.

—Sí, por fantástico que eso nos pueda parecer, no tenemos más remedio que admitirlo. Ahora bien. Tú has dicho que no quieres ir, mientras que Bobby ha dicho que…

Dave Russell se detuvo intencionadamente, poniéndome sobre ascuas y haciéndome apremiarle:

—¿Qué ha dicho Bobby?

—Su caso es distinto al tuyo, pequeña. Su vida no tiene objetivo aquí. Está perseguido y puede que le den alcance. Si todo eso fuese cierto, no tiene inconveniente alguno en aceptar. Mejor dicho, ha aceptado.

—¿Y qué le dijo
Koo-Djma?
—quise saber.

—Me dijo que intentase convencerte —me sorprendió Bobby, hablando desde la puerta, en la que había aparecido de pronto, para escuchar nuestra conversación.

—¿Es verdad? ¿No fue un sueño? —pregunté.

Bobby sacudió la cabeza.

—No, no lo es. Yo estaba seguro de que no era ningún sueño.

—¿Por qué estabas tan seguro?

—Porque… Aunque caí sin sentido a un lado, me recobré inmediatamente. ¡Y escuché en mi mente, despierto, el mensaje de
Koo-Djma!
Procedía de la roca luminosa. Pero ignoraba si tú la estabas oyendo igual que yo.

—Es algo sobrenatural —murmuré.

—Puede que sí —admitió Bobby, muy serio, con las manos a la espalda—. Estoy convencido de que nadie se ha encontrado nunca en una situación semejante. Y podemos aceptar o rehusar. Pero yo sólo no puedo ir, ¡aunque sea mi salvación, y la de un mundo destinado a desaparecer, cuya influencia sobre el nuestro surgirá tarde o temprano!

»He reflexionado acerca de todo eso. Significa mi salvación, un cambio total de existencia, un objetivo sagrado. Aquí no se trata de subir a una nave espacial, ir a ese lejano mundo y luego volver, como el que se embarca en busca de un tesoro. Creo que nuestro destino es único y no se nos presentará otra ocasión como ésta.

»¿Qué somos, Mármara? —Bobby se había acercado a mí, hablándome en un tono y con unas palabras que no parecían ser suyas—. ¡No somos más que dos insignificantes briznas en un mundo de tres mil millones de habitantes! ¡Aquí hay demasiados prejuicios, muchos inconvenientes, gentes egoístas que fingen querernos, cuando la verdad es que nos odian, que nos envidian! ¡Si no fuese porque es un atentado contra la ley de Dios, mucha gente se quitaría la miserable vida que arrastra! ¡Y eso te lo puede decir Dave Russell mejor que yo!

»En cambio, nosotros tenemos la oportunidad de huir de este mundo. Todavía no sé cómo podrá eso ser posible, pero estoy seguro que, si accedemos a ir, la roca viviente se transformará o hará algo que nos llevará lejos de aquí.

»Admito que eres una chiquilla y no conoces todavía el mundo. Yo no soy mucho mayor que tú, pero tengo suficiente experiencia de la vida para decirte que vivir es un asco. Yo he tenido que trabajar en Tucumcari desde que tenía diez años. ¿Te asombra? ¡Claro, tú tenías unos padres que se ocupaban de tí, una madre que te quería, una tía, familiares y amigos! Yo, en cambio, no conocí a mi madre. De pequeño me cuidó una mujer que me pegaba. Mi padre no le daba dinero para mantenerme, y aquella bruja tenía aún el suficiente corazón para no echarme a la calle.

»Mi padre se gastaba en licor casi todo lo que ganaba. Es un infeliz, sin apego a nada más que a la botella. Y de niño tuve que trabajar, para ganarme el sustento. Así crecí, aprendiendo pillerías, sin ser un pillo, porque eso no entraba en mi condición. Yo era un

chiquillo distinto a los demás, pero ardiendo en deseos de ser igual a otros.

»Me rebelé, aunque debí hacerlo mucho antes. Y luché. Pero la rebelión del paria está severamente castigada. Hay una sociedad que se defiende de tipos como yo, y me vi en la necesidad de luchar por mi propia vida. Ya conoces el resto.

»¿Qué quieres que haga? ¿Que sea un canalla total? Te diré lo que haría un malvado. Éste es un buen refugio. En trece años no ha venido nadie por aquí. Yo podría quedarme aquí, contigo. Si estos buenos ancianos no estuviesen conformes, podría matarlos. Y de ti haría mi esclava. Me sobra fuerza para dominarte. ¿Qué dirías de eso, eh?… ¡No, no digas nada! Estoy hablando en el caso de que yo fuese lo que no soy.

»Por el contrario, soy un hombre que pienso y siento… Siento demasiado fuerte, y te quiero, Mármara. Por eso tenía el propósito, ayer se lo dije a Dave Russell en el huerto, aceptando sus buenos consejos, de devolverte con los tuyos y afrontar las consecuencias de mis faltas.

»Eso era lo que pensaba hacer, ¡y lo que haré, si tú lo deseas! Pero la situación ha cambiado totalmente. Ha ocurrido algo inesperado. ¿Te das cuenta? ¡Hay un camino maravilloso de salvación para los dos! ¡Nosotros podemos hacer algo mucho más grande que todo lo imaginable, pues se nos ofrece la posibilidad de heredar un mundo en el que vamos a ser amos absolutos, en el que podremos contemplar cosas asombrosas, jamás vistas por nadie!

»Ignoro ciertamente cuál será nuestra misión exacta. Pero se nos pide que vayamos juntos, porque somos jóvenes y podemos tener descendientes. —Me ruboricé al oír estas palabras, bajando los ojos al suelo, aunque admito que estaba impresionada—. Eso no es un delito, ni un pecado, ni siquiera una falta. Es el cumplimiento de una ley natural para la cual hemos sido creados… ¡Hay que continuar la raza, prolongarla hacia su destino futuro, sea cual sea! Y en este mundo nuestro hay mucha gente, muchísima gente, que ignora ese precepto divino, haciendo un acto bestial de lo que debía ser algo puramente espiritual y digno.

»Pero hay más, mucho más. Cada día nacen muchos niños en esta vida, a los que les aguardan vicisitudes innumerables. Muchos podrán ser felices; otros desgraciados. ¡Unos no llegarán nunca a las

metas soñadas, mientras que otros irán más allá…! ¡Pero todos se sentirán desgraciados en un momento determinado, pues la vida es eso, tristezas y alegrías, esperanza y desilusión, opulencia y pobreza, hartazgo y hambre! ¡Qué contraste más absurdo!

»Nosotros tenemos la oportunidad de huir de todo eso. El fin para el que nos requieren es mucho más sublime… ¡Guardaremos la historia de la humanidad universal! ¿No te parece maravilloso? ¿No es grandioso volver a Kraal, de donde salieron hace siglos nuestros antepasados, uno de los cuales nos necesita ahora? ¿No es más padre Pneonka que el tuyo propio? A él te unen lazos de indestructible origen, a éste los lazos naturales de la sangre. Un padre debe ser respetado, pero el padre de todos los padres ha de ser obedecido, acatado. Y tanto es así, que hasta el propio autor de tus días, estoy seguro, si reflexionara sobre esto, te diría: «Ve, hija mía… ¡Te envidio!».

Yo estaba tan anonada que no podía articular palabra. El largo y vehemente discurso de Bobby era sorprendente en un muchacho como él, casi sin cultura, Incluso tenía boquiabiertos al matrimonio Russell, quienes le escuchaban en silencio, embobados.

—Estoy enteramente de acuerdo contigo, Bobby —dijo Dave, muy serio—. Si Mármara fuese hija mía la dejaría ir hacia ese destino, aunque no la volviese a ver más. Yo dejé ir a mi hijo a la guerra, porque su corazón le llamaba a ella. Comprendí que podían matarle, como así ocurrió. Pero ¿qué es la muerte? ¿Es que se puede luchar contra el destino?

—Debiste prohibirle ir, Dave —murmuró Mery Russell, con lágrimas en los ojos.

—¡Te lo dije entonces y te lo digo ahora, Merymar! —gritó Dave Russell, llamando a su mujer por su nombre completo—. ¡Él quiso ir, y se fue! ¡Yo le advertí lo que podía ocurrirle! ¡Pero no se trataba de un capricho, lo sé; si Dave no hubiese ido a Corea, como le dictaba y ordenaba su conciencia, jamás habría sido un hombre íntegro!

»Yo he pensado mucho en Dave en los años que llevamos aquí. Incluso te he dicho lo que he averiguado. Es preciso admitir que cada uno llevamos nuestra vida propia… ¡Y esa vida no es de nuestros padres, es nuestra, empieza y se acaba con nosotros! Y digno es el hombre que, por encima de todo, se siente satisfecho de

su propia vida.

»Nuestro Dave murió. Él sabía eso, y supongo que debió pensar en lo que yo ahora expongo en palabras, sin saber definir exactamente que estaba cumpliendo su destino.

—Sí, Dave. Pero nosotros le queríamos mucho.

—Ese amor es nuestro destino, como los padres de Mármara deben quererla… ¡Pero no como el padre de Bobby! He ahí la cuestión. Le hubiésemos querido o no, Dave vivió su vida.

—¿Y cómo sé que mi vida es ésta? —pregunté yo, perpleja.

—Tú solo sabes quién eres. Lo que ocurrirá dentro de un segundo lo ignoras —remarcó Bobby, repitiendo algo que yo había oído recientemente, y no en labios de una persona.

—Entonces, ¿debo renunciar al amor de mis padres para cumplir un deseo de otros?

—Se trata de un alto deseo. Y no es que debas cumplirlo. Nadie te obliga a ello. Sólo trato de decirte que en esta vida no tendrás nunca una oportunidad más digna que ésa.

Era verdad. Por muy fantástico que me pareciera todo, era verdad. Yo lo sabía y lo sentía en todas las fibras de mi ser, la mente me lo decía a gritos… ¡Todo era cierto! Pero el tránsito hacia lo desconocido me asustada. Estaba demasiado unida a este suelo, a mi vida, para renunciar a él. Y ya no pensaba en que Bobby era un asesino. Sabía que le amaba y creía adivinar que él me amaba a mí.

Y, sin embargo, una duda enorme me asaltaba.

—Debo reflexionar —dijo—. Tengo que pensarlo. Necesito más tiempo.

—Tienes todo el que quieras, Mármara —me dijo Bobby, sereno —. Cuando hayas tomado una decisión, yo la acataré, ¡puedes estar segura!

CAPÍTULO V

El día transcurrió sin más incidente. Apenas si cambiamos palabra unos con otro. Durante la comida, todos estábamos ensimismados, cabizbajos, como influidos por el invisible espíritu de Koo-Djma que había invadido la montaña.

Incluso fui dos veces, durante el día, hasta el meteoro. Estuve allí un rato, de pie, mirando aquella informe masa, y preguntándome si no sería víctima del extraño hechizo de la montaña.

Incluso hablé con la roca, le hice preguntas, le grité para que me hablase. Pero no me contestó. La tierra continuaba estando caliente, aunque algo menos que el día anterior.

Vagué por el huerto, subí hasta el bosque de cedros, donde estaba la vieja hacha del viejo Dave. Me senté sobre un tocón y estuve reflexionando.

Luego, llamada por la señora Mery Russell —¡al fin comprendía que su nombre era un apodo cariñoso, y no una deformación de Mary, puesto que era Merymar, un nombre tan caprichoso como el mío!— acudí a comer.

Tomamos un guiso de carne de venado, pollo y verdura, Y hasta bebimos de una botella de vino añejo de sabor exquisito. Una excelente comida, en la que sólo faltó la conversación amena.

Estábamos todos demasiado preocupados, y yo más que nadie. Parece mentira que pocos días antes me creyera una mujer, cuando no era más que una chiquilla con la cabeza llena de pájaros, y que ahora me sintiera tan responsable, tan preocupada, absorta en problemas tan profundos e inquietantes. Mi transformación era completa. Había vivido demasiado intensamente aquellas horas y

mi mente era un torbellino de sensaciones y emociones completamente nuevas.

Pensaba en Koo-Djma, en Pneonka, en el fabuloso mundo de Kraal, en todo lo que me habían dicho, ¡y en Bobby! Una cosa estaba clara. Si todo era cierto, yo podía ser su tabla de salvación. Yo podía facilitarle la huida de este mundo, proporcionándole una vida digna, un destino importante.

Por otro lado, él había comprendido mi postura y esperaba mi decisión. Si decía de regresar con mis padres, me acompañaría, aun a riesgo de ser capturado, encarcelado y, posiblemente, ejecutado por la justicia. ¿Era capaz de cumplir su palabra? ¿Me devolvería a mis padres?

Intentar demostrarlo era peligroso para él. Yo no me atrevía a desoír la llamada de Koo-Djma y pedírselo. Sentía la sensación de que cometía una bajeza o un acto de cobardía. Y, por otro lado, aceptar a ciegas la petición de Koo-Djma era una locura.

Por eso fui dos veces a donde se encontraba la roca viviente. Quería más detalles, una conversación directa entre Koo-Djma y yo, si es que esto era posible.

Pero la roca no tenía luz, aparecía negra, fea y grande… ¡Y no hablaba! Cuando conocí el misterio, más tarde, comprendí la razón. Koo-Djma era una máquina pensante y cerebral, muy bien construida y preparada para la misión que le habían encomendado.

Hablaba, sí, por medio de su halo luminoso, que era la fuerza de su pensamiento telepático. Pero no lo hacía de cualquier modo, y con el primero que llegase… ¡El que la construyó, pensó en todo!

Por la noche volví otra vez. Estaba segura de que en la oscuridad vería su luz radiante, pero tampoco fue así. Esta vez, sola, me atreví a bajar al cráter y acercarme a la roca.

—¿Por qué no desvaneces mis dudas, Koo-Djma? ¡Háblame! ¡Tú tienes poder y saber suficientes para comprender lo

que pasa en mi mente, pues has dado pruebas de ello al hablar anoche conmigo, mientras yo creía estar soñando! ¿Por qué no me hablas ahora? ¿Esperas mi decisión? ¿No puedes contestar?

»Suponte que digo que sí, que quiero ir a Kraal a ver a Pneonka. ¿Qué debo hacer, pues? ¿Venir a ti a decírtelo?

Esperé conteniendo el aliento. Koo-Djma debía responderme. Estábamos solos la roca y yo. Nadie nos oía. La tierra caliente se mantenía inmóvil, nada se movía en el cielo, excepto las remotas estrellas que parpadeaban en el infinito, como haciéndome guiños de burla.

Se me ocurrió pensar cuál de ellas sería Kraal. ¿Era posible ver aquel distante mundo desde donde yo me encontraba? ¿Se adaptaría nuestro débil organismo a un mundo que, según Koo-Djma, era tan grande?

Luego, divagué hacia otros pensamientos, pensando en mi familia, en mis amigas, en Billy, hasta que me dio por pensar en el matrimonio Russell, a cuya anciana esposa había dejado, al salir, preparándome de nuevo el lecho, como la noche anterior.

Y como Koo-Djma no me respondía, decidí volver a la cabaña, a seguir pensando, tendida en la cama, junto al lecho.

Entonces, precisamente, ocurrieron dos cosas. En primer lugar escuché la voz de Bobby, llamándome desde el huerto… ¡Y al mismo tiempo, el halo fosforescente de la roca negra me envolvió, brotando de súbito y transformando la oscuridad en luz, como si la presencia de Bobby hubiese sido suficiente para iluminarla!

Retrocedí asustada y grité:

—¡Estoy aquí, Bobby!

—¡La luz! ¡Señor Russell, la luz, vengan a verla!

En el silencio de aquellos lugares, la llamada de Bobby despertó ecos lejanos. Se acercó a mí, corriendo, para penetrar en el cráter y sujetarme por la cintura.

Ya no sé lo que ocurrió. Todo, incluso Bobby, que no podía estar más cerca de mí, se borró como por arte de encantamiento. Mi mente se llenó con una visión extraña, como la de la víspera, pero tuve la impresión de que caminaba hacia un inmenso edificio, de

innumerables peldaños color jade…

* * *

El edificio constaba de tres afiladas pirámides que convergían en su cúspide. Debajo, como el cuerpo principal de aquel extraño palacio de magnitud impresionante, estaba el enorme cubo de cristal verdiazul, o algo parecido, y la escalera por la que yo subía, ¡y no sola, aunque no podía ver a quien me acompañaba!, conducía ante la gran entrada que era como una especie de plataforma circular.

¡Qué arquitectura más geométrica! ¡Qué líneas más sencillas, y a la vez más impresionantes!

Yo no había visto nunca nada igual. Y estaba observando que todo era grandioso, enorme, gigantesco. Tanto es así que, a medida que me iba acercando a la base de aquel fabuloso palacio, la cúspide parecía estar más distante, y esto era debido a que me acercaba más al eje vertical.

Esta impresión parecía proporcionarla la leve altura de los suaves escalones, que daban la sensación de estar subiendo… ¡al encuentro de la figura que las ropas plateadas y el rostro rosado, de cráneo alargado, que iba creciendo ante mis ojos, y que estaba situada a la puerta de aquel vasto edificio!

Se trataba de un hombre extraño, de faz muy rugosa, viejo y consumido, pero que se mantenía erguido como un tronco joven. Jamás he visto nada semejante a sus ropas, especie de faldones que ocultaban su cuerpo, con pantalones de perneras ajustadas y peto delantero y posterior, todo ello de un tejido como metálico o plateado.

Una figura rara, de ropas raras y facciones raras. Pero, pese a que todo, infundía respeto y su bondad parecía inundarme. Me sonrió e inclinó ligeramente la cabeza.

Luego me habló, sin mover los labios. Sentí sus palabras en mi mente, con dulzura, acariciadoras, suaves y llenas de comprensión y ternura.

—Bienvenidos seáis al Gran Palacio de Kraal, hijos de los hijos de nuestros antepasados.

Miré de reojo a mi derecha… ¡Y vi a Bobby, con su atuendo

negro y ajustado, su cazadora y sus «*blue-jeans*», sonriendo y mirando al frente!

Había venido conmigo, sin yo darme cuenta.

—Me alegro de conocerte, Pneonka —habló Bobby, también inclinando la cabeza en un respetuoso saludo.

Yo hice lo mismo.

—No estáis todavía aquí. Esto que veis es un mensaje enviado por mí a Koo-Djma, quien os lo transmite. Continuáis en La Tierra, indecisa tú, Mármara Kuss. Pero deseo hablar con los dos. Sois la clase de gente que yo esperaba. Mi servidor ha sabido actuar bien. Y me gustaría que aceptaseis mi ruego.

»Venid a Kraal. Todo esto será vuestro, y mucho más que podréis ver. Aquí la tierra es fértil y no necesitáis trabajarla. Tenéis máquinas-obreras que trabajarán para vosotros. Todo está resuelto, incluso la existencia prolongada, longeva y plácida, que gozaréis en este mundo tan primitivo como nuevo.

»Sé cuales son vuestras dudas y puedo desvanecéroslas con un gesto. Pero eso sería coacción, y no puedo hacerlo. Yo no mando en vuestro destino.

»Lo que os dijo Koo-Djma es cierto. Estoy muriendo, aunque os parezca lo contrario. Tengo más de diez mil años de los vuestros, y mi gente me ha ido dejando. Mis máquinas enterraron hace siglos a mi último pariente. Mis máquinas se ocupan de todo el trabajo de clasificación y archivo de la historia que está sucediendo en todos los confines habitados del universo, incluso de los mundos que todavía no están habitados, y de los que lo estuvieron.

»Es una inmensa labor la que realizan mis máquinas… Miles de millones de máquinas perfectas que captan las imágenes más distantes y las conservan en delgadas cintas, para ser reproducidas en el momento que interese a alguien.

»Ahí están, en esos dilatados archivos, millones de millones de kilómetros de cinta grabada, y basta pulsar un botón para que en el período que se quiera, del mundo que se desee, se reproduzca la existencia, hora por hora y segundo por segundo, de la vida de los

hombres, de los pueblos y de los mundos, desde su origen a su fin, si lo han tenido ya.

»Esto es como una inmensa fábrica de cinta especial, en la que graban, en múltiples bandas, las palabras, los pensamientos y los actos de todos los seres del universo.

—¿Y para qué sirve todo eso? —oí preguntar a Bobby.

—No lo sé —fue la sorprendente respuesta de Pneonka—. Cuando yo nací, ya se estaba haciendo desde miles de millones de siglos. Es una orden que se debe cumplir sin pedir explicaciones. Quizás alguien, algún día, desee ver la verdadera historia de todos los seres racionales. Y entonces, aunque hayan de transcurrir otros sesenta mil trillones de años, será necesario examinar esas grabaciones, en las que en nada, ¡oídme bien esto!, en absolutamente nada, se ha faltado a la verdad, pues el registro de las palabras y de los hechos, así como los pensamientos de los seres racionales, ha quedado grabados, desde que nacieron hasta su muerte.

—¿Y nosotros no vamos a morir?

—De momento, no. Antes, si venís a Kraal, habréis de perpetuar vuestra descendencia. Y es natural que así sea, puesto que al desaparecer yo, alguien tiene que hacer funcionar las máquinas de Kraal.

A mí me asaltaban muchas dudas, y quise aclararlas. Por eso pregunté:

—Dime, Pneonka, ¿qué misterio hay en la roca negra?

—Ningún misterio, para mí. Yo la construí. Su aspecto exterior se ha modificado algo, por su roce con las moléculas de vuestra atmósfera. Pero en su interior, sano y salvo, está
Koo-Djma,
mi máquina pensante.

»El objetivo de
Koo-Djma
es traer a Kraal una pareja de seres humanos que han de reunir ciertas condiciones específicas. Por ese motivo, al acercaros a
Koo-Djma,
el reclamo de su luz radiante os atrae.

—¡Pero yo he estado ante esa roca y no he visto…!

—Porque estabas sola, Mármara Kuss. Os he dicho que

Koo-Djma
sólo actúa en presencia de parejas. Y como el matrimonio Russell no reúne las condiciones que necesitamos, por eso ellos no pueden ver la luz. ¿Queda esto claro?

—Sí —admití.

—Si tú no quieres venir —siguió hablando Pneonka—, vendrá otra mujer. No importa quién sea. Ha de ser joven, sana e inteligente.

—Si Mármara no desea venir, yo tampoco. Supongo que debes saber quién soy —empezó a decir Bobby.

—Sí, Bobby. Sé muy bien quién eres. Conozco tu vida tan bien como tú mismo. Sobre mi mesa de trabajo tengo la grabación de tu vida. Eres un asesino, porque has matado a un hombre, aunque haya sido involuntariamente. Eso es un inconveniente, y por eso he querido hablar contigo.

»A Kraal se debe venir sin culpa. ¿Verdad que en la Tierra no se suele poner a un ladrón a guardar dinero? Aquí ocurre lo mismo, poco más o menos. Tal y como eres no serías aceptado. Hay que pagar la deuda que tienes con los tuyos. Huyendo no pagas nada. ¿Me comprendes?

—Debo, pues, entregarme a las autoridades.

—No. He pensado en otra solución. Ignoro el tiempo que tardará en llegar junto a
Koo-Djma
otra pareja como vosotros. Pueden pasar muchos años, y para entonces ya podría ser tarde… ¡La solución es ésta, Bobby: tienes que morir!

Me volví a mirar a mi compañero. Y me asombró no verle pestañear siquiera.

—Pero si muero, ¿cómo voy a venir a sustituirte?

—Atiende. Vas a morir en otro que anhela la muerte. Habrá una transmutación metafísica. Esto no lo podéis entender muy bien vosotros, aunque es un fenómeno natural. A mí me interesa sólo una parte de ti: tu juventud, tu salud, tu vigor. Pero tu mente, tu propio «tú» debe quedarse en la Tierra.

»Dile esto a Dave Russell. ¡Él te hará justicia! ¿Qué importa que no sea un juez? Es un hombre sabio y prudente, como un juez. El no tener un título no le hará más severo. La justicia es de los hombres

y la razón no hay más que una… Estoy seguro que Dave Russell comprenderá.

»En cuanto a ti, Mármara Kuss —ahora Pneonka se volvió hacia mí, sonriendo gentilmente—, deseo disipar tus dudas. No quiero, en modo alguno, sugestionarte, pero es mi deber decirte que también debes morir.

—¿Morir yo? ¿Como si fuese una asesina? —exclamé, consternada.

—No se trata de eso. Como a Bobby, te digo que para venir a Kraal hay que pagar las faltas que has cometido. Y si matar a un semejante es una falta, ayudar a la muerte de alguien también lo es.

—Pero yo no he ayudado a matar a nadie.

—No, es cierto. Mas si rehúsas acompañar a Bobby, le obligarás a que te devuelva a tus padres. La policía le busca, le apresarán, le condenarán y será ajusticiado. De un modo directo, habrás contribuido a la muerte del hombre que amas… ¡Y no serás capaz de amar a nadie más!

»¿Te das cuenta?

—¡Yo no obligaré a Bobby a que me lleve! —grité.

—¿Qué harás? No, no digas nada. Yo te lo diré. Desconozco el futuro, pero pienso y adivino. Rara vez me equivoco. Le suplicarás que no te acompañe, que huya, y él no te hará caso. En un callejón sin salida, un círculo cerrado en el cual os encontráis los dos y del que no podéis salir.

—¿No la estás coaccionando, Pneonka? —oí preguntar a Bobby.

—No. Ella misma se ha hecho esas reflexiones. Ha pensado mal, ha actuado mal, no ha sido fiel a sí misma. Por eso os aconsejo que confiéis en Dave Russell. Él ha pensado mucho, ha vivido mucho y sabe cómo solucionar esto.

»Sólo me resta deciros que no temáis nada. La muerte es un olvido eterno, un tributo a la vida, una salvación…

—Pero, si hemos de morir, ¿cómo vamos a venir aquí? —preguntó Bobby.

—Ya lo sabréis. Ya os he dicho que vuestra muerte será una transmutación. Vais a morir vosotros, pero no lo que yo necesito de vosotros… ¡Y otros encontrarán la liberación, yendo a reunirse con el que tanto han amado, y cuyo amor los ha hecho puros!

—¡Hablad con

Koo-Djma…
Estoy cansado… Debo retirarme… Él os dirá lo que debéis hacer para venir hasta mí… Adiós!

* * *

Yo estaba segura de que la roca viviente se había abierto, como un enorme cascarón maduro, y estaba mostrando el fruto de su interior. Era como una nuez abierta, un capullo, algo, cuyos pétalos negros habían caído a los lados, revelando el interior de la roca negra.

¡Y este interior era asombroso, inimaginable, increíble!

¿Una máquina de cristal, con pequeños destellos en su interior, que se transparentaban como luciérnagas vivas, serpenteando, vibrando, actuando al ritmo de invisibles baterías eléctricas? Posiblemente, era de un acero transparente. Todo estaba iluminado. No tenía secretos, y, sin embargo, aquel mecanismo impresionante constituía un completo enigma. ¿Qué era aquella especie de ojo magnético que fluctuaba? ¿Qué era aquel líquido azul que, como burbujas, pasaba por el interior de un conducto? ¿Y la esfera hueca, de metro y medio de diámetro, que se veía en la parte baja?

¿Todo aquello era
Koo-Djma?

Los hombres no habían imaginado nunca una máquina semejante, transparente, iluminada, capaz de hablar, actuar y lanzarse al cosmos por sí sola.

En cuanto a mí, ignoro dónde me encontraba. Aquel lugar no podía ser el cráter. La negrura más absoluta me rodeaba. Bobby no estaba conmigo, pero presentía que su presencia era real. No podía verle, pero estaba allí.

¡Yo sólo veía a
Koo-Djma,
libre de su envoltura meteórica!

—Oye, Mármara —oí decir en mi mente—, atiéndeme. Te hablo en nombre de Pneonka, cuyos minutos de vida se acaban. Me lo ha dicho mediante sus influjos telementales… ¡Os necesita! ¡Por eso tenéis que daros prisa en acudir a su lado!

—¿Y qué debo hacer? —pregunté.

—Venid a mí. Vuestra voluntad será suficiente. Venid cogidos de la mano. Yo os mostraré la entrada de mí interior. No os debéis preocupar de nada más. Os llevaré a Kraal.

»Pero antes debes hacer una cosa. Esto es importante. Va a suceder algo que presiento. Por ello, antes de irte de la Tierra para siempre, tendrás que escribir todo lo que te ha sucedido, desde que conociste a Bobby hasta el momento en que debas emprender el largo viaje.

—¿Y por qué debo escribirlo? ¡Yo no sé escribir correctamente!

—Se trata de una memoria que debes dejar a tus semejantes. No es un mensaje, es una explicación. Puede ser que nadie la crea, y eso será lo más natural, pero tu deber es escribirla… ¡En esa confesión serás sincera contigo misma! Piensa que, posiblemente, la leerán tus padres más tarde. Y por eso no debes falseas los hechos. No es pedirte mucho.

—No veo la razón… —empecé a decir.

—Ya la verás, después de haber hablado con Dave Russell. Entonces será preciso explicarlo todo. Van a suceder cosas que te parecerán increíbles.

—¿Pero no has dicho que no conocéis el futuro? ¿Cómo sabes lo que va a ocurrir?

—Ahora estamos en el futuro, Mármara. Por eso lo sé. El tiempo ha pasado. Ahora, Bobby y tú volveréis al momento en que estabais y viviréis veinticuatro horas que os debo. Ese destino lo ignoráis aún. Será trágico, pero necesario.

—¡Yo no he decidido aún si voy a ir a Kraal!

—Sí, lo has decidido afirmativamente. Lo harás por amor. Él es un hombre limpio ya, y tú también. Pronto te darás cuenta de eso. Habéis dado un salto en el tiempo, sin conocer el futuro, pero debéis vivir lo que os pertenece, pagar y luego cumplir. El mañana os será revelado a su debido tiempo.

»Sois tú y Bobby… ¡Pero habéis de ser Merymar y Dave Russell!

Creo que grité.

La oscuridad me envolvió.

¡Koo-Djma desapareció de mi vista!

No estoy segura, pero creo que me desvanecí. ¡Me estaban sucediendo cosas terriblemente angustiosas!

¡Todo aquello no podía ser verdad! ¡No!

Y, sin embargo, es verdad… ¡Todo es real!

CAPÍTULO VI

—¿Qué ocurre, Bobby? —preguntó Dave Russell—. ¿Dónde está la luz? ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Mírela usted! ¿Es que no la ve? —exclamó Bobby, con el rostro demudado.

El viejo Dave sujetó a Bobby por el brazo, musitando:

—Venid a la granja…

—¡Hemos visto a Pneonka, Dave! —continuó Bobby excitadamente—. Tiene usted que creernos.

Dave Russell me miró a mí. Para él, la noche era oscura y apenas podía vernos. Nosotros, en cambio, le veíamos perfectamente gracias a la radiante luminosidad que despedía la piedra de jade. También vi acercarse a Mery, muy sorprendida.

Salimos del cráter y avanzamos al encuentro de la anciana.

—Ustedes no pueden comprender esto —murmuré—. Pero todo es real. Hemos visto a Pneonka, el Gran Palacio de Kraal, y hemos hablado de cosas incomprensibles.

—¡Debemos morir! —exclamó Bobby, con voz trémula—. Y Mármara ha de escribir todo esto.

—Venid a la casa… Allí tengo papel para escribir… ¿Cómo habéis podido ver a Pneonka si no os habéis movido de aquí? —La pregunta del viejo Dave parecía un reto.

Yo le contesté:

—Ha debido de transcurrir todo en un segundo. Es como en un sueño. A veces tenemos la impresión de estar viviendo pesadillas interminables, y todo ha tenido lugar en una fracción de segundo. No puedo explicarlo de otro modo, pero sabemos lo que ocurre en Kraal, y hemos visto la roca viviente por dentro. Es un caparazón que cubre y protege una delicada máquina de cristal.

—¿Tú también la has visto, Bobby? —preguntó Dave, volviéndose a mi compañero.

—Sí, he visto todo lo que dice Mármara.

El anciano no habló hasta que llegamos a la casa. Pasamos a su interior, donde Mery ya había preparado mi lecho. La luz de la dínamo estaba baja. Apenas soplaba viento en las alturas y el molino no producía mucha energía.

—Será mejor que enciendas la bujía de sebo, Mery —sugirió Dave, para añadir, volviéndose a nosotros—. Ahora vais a explicármelo todo, por separado. Primero que hable Mármara. Tú saldrás fuera, Bobby, Irás con Mery al establo.

»Sé que no habéis podido confabularos para explicarme un cuento. Y deseo ser positivo. No dudo de vosotros, pero quiero estar seguro de todo.

—De acuerdo —dijo Bobby, dirigiéndose a mí—. Cuéntaselo todo. Y dile lo que Pneonka ha dicho de él.

—¿Ha hablado de mí? —se asombró Dave, entornando sus cansados ojos y formando en su rostro infinidad de nuevas arrugas.

—Sí. Dijo que usted sería un buen juez para hacernos pagar nuestras culpas… ¡He decidido aceptar la llamada de Pneonka e ir a su mundo! —Esto último lo dije de repente, casi sin pensar, aunque bien sabía que era una decisión pensada y madurada durante muchas horas.

Bobby me miró, sonrió y luego salió, seguido de la anciana señora Russell, la cual cerró la puerta al salir.

Entonces yo me senté a la mesa y Dave lo hizo ante mí, diciendo:

—Ya puedes empezar, pequeña.

* * *

Al terminar mi relato, Dave estaba muy grave. No me interrumpió en ningún momento. Sólo escuchaba, asentía y fruncía los labios, o entornaba los ojos, con expresión reconcentrada.

—Eso es todo, diga usted lo que quiera.

—Yo acudí a los gritos de Bobby. No vi la luz. No tardé mucho en llegar hasta vosotros. Me cuesta creer que, en tan breve espacio de tiempo, os hayáis enterado de tantas cosas. Sé que no habéis

tenido tiempo de poneros de acuerdo… ¡Y también sé que Bobby me va a contar lo mismo que tú!

»¿Y qué debo hacer yo? ¿Qué suponen esos extraños seres que un viejo como yo puede hacer?

—Lo ignoro —respondí—. Le he dicho, palabra por palabra, lo que he oído. Y parece que usted ha de ser juez de Bobby y mío.

Dave se quedó pensativo durante unos minutos, para luego levantar su blanca cabeza y decir:

—Anda, chiquilla. Dile a Bobby que venga. Deseo confrontar sus palabras. Tal vez así, oyendo dos versiones de ese extraño… ¿podemos llamarle sueño?… pueda hacer de juez.

—Sí, sí…

Salí y corrí hacia el establo, donde escuché un revuelto cacareo de gallinas. El viejo toro manso mugió y una cabra lanzó un balido. Vi la luz de sebo que llevaba la señora Russell oscilar detrás de una ventana sin cristales.

—¡Bobby! —llamé.

Él apareció en la puerta del establo.

—¿Ya has terminado? —me preguntó.

—Sí. Quiere hablar contigo. Yo ayudaré a la señora Russell.

Él se acercó a mí. Estábamos en la penumbra. Me miró a los ojos, fijamente. Vi el brillo intenso de sus pupilas y comprendí que me amaba. Dócilmente, me dejé estrechar entre sus brazos. Le abracé, sentí arquearse su cuerpo con la tensión apasionada de quien tiene consigo todo lo que desea en esta vida, y sus labios se unieron a los míos.

Todo se borró de mi mente. Sentí deseos de reír y gritar de alegría. Una dicha intensa me sacudió de pies a cabeza y la felicidad más grande me envolvió.

¡Mi amor, mi dulce y a la vez apasionado amor!

¡Yo era de Bobby, siempre lo había sido, y su beso, lleno de fuego y entrega, me lo demostró! No era, ni tenía punto de comparación, como el que, casi fugaz, me dio Billy.

¡Bobby era mío! ¡Y sentí que no me importaba ir con él a donde fuese preciso! ¡Hasta deseé morir a su lado, saboreando, hundida en ello, aquel beso que me enloquecía!

—¡Mi vida…! —musitó, mordiéndome ahora el lóbulo de la oreja—. ¡Te quiero con toda mi alma!

—Yo también a ti, mi bien —susurré.

Luego, como haciendo un gran esfuerzo de voluntad, él me soltó, estrechó mis manos y se fue hacia la casa.

Yo no sentí entonces ningún deseo de ir al establo, donde estaba la señora Russell. Quería estar sola, saborear mi dicha intensa, correr, volar en la oscuridad de la montaña, deslizarme por la altiplanicie bajo aquella maravillosa noche estrellada y sin viento.

Corrí. Era feliz, mi corazón se desbordaba de alegría… ¡Él me amaba y en sus brazos había sentido aquello que siempre se presiente en el amor desconocido y que toda mujer sueña con encontrar algún día!

¿Para qué pensar en lo demás?

¡Era mío! ¡Yo era de él! ¡Nos pertenecíamos mutuamente! Y pensar en nada más era una tontería muy grande.

No sé el tiempo que anduve por allí, en la sombra, aunque la débil claridad de las estrellas y mis ojos acostumbrados a la oscuridad, me permitían ver casi perfectamente el suelo. No habría caído por un precipicio. El único lugar peligroso estaba protegido por un muro de piedras, obra del viejo Dave, para que sus animales domésticos no pudieran caer hacia un escabroso valle.

Y, sin saber cómo, me encontré apoyada en aquel rústico pretil, con la mirada perdida en la noche.

Así fue como vi la hoguera allá abajo.

¡Un fuego!

El corazón me dio un brinco. ¡La montaña no estaba desierta! ¡Alguien más había en ella! Las emociones y las sensaciones propias de este descubrimiento se atropellaron en mi mente. ¿Quiénes podían ser?

Yo, desde la altura, era incapaz de distinguir ninguna figura humana. El fuego ardía abajo, en una especie de plataforma. Pero no se habría encendido solo.

¡Alguien lo había hecho!

¡La policía!

¡Seguramente venían siguiendo las huellas de Bobby! ¡Oh, Dios, tenía que avisarle inmediatamente!

Y corrí hacia la casa, tropezando y cayendo varias veces. La angustia ponía alas a mis pies. Me había dado cuenta de que la hoguera significaba peligro para mi amor… ¡Y por nada en el

mundo hubiese renunciado a él!

¡Ni aunque fuese un asesino!

Mis gritos parecieron abrir la puerta. Bobby apareció en el dintel, alarmado. Detrás de él estaba el viejo Dave.

—¿Qué ocurre, Mármara?

—¡Un fuego! —Intenté explicar, jadeante—. ¡Hay alguien en la montaña! ¡Temo que vengan a por ti! ¡Tenemos que irnos cuanto antes!

—¿Un fuego? ¿Dónde? —preguntó el viejo Dave.

—Allí abajo… Se ve desde el muro de piedras… Están abajo.

—¡Vamos allá!

Fuimos a buen paso. Yo les indiqué el camino. Nadie hablaba, pero debían de estar pensando lo mismo que yo. La presencia de gentes en aquellas soledades sólo podía significar una cosa: ¡peligro!

Bobby me llevaba de la mano. Su calor se transmitía a mí, infundiéndome ánimos, pero sin disipar del todo mi temor. Le sentía mío, yo era su dueña… ¡Y no deseaba perderlo! ¡Era tan guapo, tan expresivo, tan inteligente y audaz!

No quería pensar en que pocos días atrás me amenazó con su pistola. Tampoco quería pensar en que, al verse perseguido, se defendió a tiros y mató a un hombre. ¡Esto era un accidente que le puede suceder a cualquiera!

¡Bobby me pertenecía y yo no quería que nadie me lo arrebatase!

¡Era mío!

Llegamos al pretil de piedras sueltas.

—Allí —señalé.

El fuego continuaba en el mismo lugar. Bobby lo estuvo mirando y murmuró:

—Parece que alguien se mueve junto a él… ¿Quién puede ser? ¿Un cazador? ¿Alguien que se ha perdido como nosotros?

—Es extraño —murmuró el viejo Dave—. Jamás ha venido nadie por aquí desde que se fue Peter Leeper. Y ahora, estas soledades rocosas se están superpoblando… ¡Muy significativo!

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté, ansiosa.

—Sospecho que ese fuego está relacionado con vosotros. Puede que hayan encontrado vuestra pista y la estén siguiendo.

—¿La policía? —preguntó Bobby, con voz temblorosa.

—¿Quién más puede ser? De todas formas, no temas. Hasta mañana no estarán aquí. Necesitan seis u ocho horas para llegar hasta aquí arriba. Y la hoguera indica que se disponen, sean quienes sean, a pasar la noche allá abajo.

»Será mejor que nos retiremos a descansar. Al amanecer podremos verlos mejor y entonces decidir lo que nos conviene hacer.

Me pareció sensato lo que aconsejaba Dave Russell, pero no por esto desapareció mi intranquilidad.

Regresamos a la casa en silencio.

La oscuridad y el misterio de la montaña parecía dominarnos, más que envolvernos. Mi corazón estaba lleno de presagios. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Sería el principio de la tragedia vaticinada por Pneonka y
Koo-Djma?

¿Era cierto que íbamos a morir?

¿Qué iba a suceder?

* * *

Ignoro cuándo logré dormirme. Durante mucho rato estuve agitada por un natural nerviosismo. Me hubiese gustado tener a Bobby a mi lado, abrazándome. Sólo con él me habría sentido más segura.

El miedo había atenazado mi garganta y las preguntas estuvieron martilleándome la mente hasta hacerme daño. La angustia me corroía. ¿Por qué Dave Russell no había querido hablar?

«—Pensaré en todo esto —había dicho antes de retirarse—. Debo reflexionar… ¡Todo es demasiado extraño y complejo para mí!».

Abrí los ojos. Una débil claridad se filtraba por la ventana, Cantó un gallo; luego otro. Empezaba a nacer el nuevo día.

Me levanté precipitadamente. Abrí la puerta y salí al exterior. Allá a lo lejos, junto al pretil de piedra que daba al precipicio, vi la figura oscura de Bobby.

Corrí hacia él, aliviada ya de la tensión de la noche.

Me sintió correr y se volvió. Me sonrió con dulzura. Yo le eché los brazos al cuello, besándole amorosamente. Luego, mientras

pretendía hundir mi rostro en su pecho, le oí decir:

—Viene un policía con ellos. Son cuatro… Tres visten de paisano y traen mochilas a la espalda. Se han puesto en camino antes del amanecer. Parece que tienen prisa y vienen, sin duda, hacia aquí.

—¿Un policía? —exclamé, mirándole a los ojos—. ¿Cuánto tardarán en llegar?

—No lo sé. No sé quiénes son ni lo que quieren… ¡Pero uno es un policía y me reconocerá si me ve!

—¡No le dejaré que te lleve! ¡Antes soy capaz de tirarles piedras, para impedirles que suban! —exclamé, sin saber bien lo que decía.

—No digas tonterías. Volvamos a la casa. El viejo Dave ya se habrá levantado. ¿Has dormido bien, amor?

—Muy inquieta.

—Yo no he podido dormir apenas.

Caminamos agarrados de la cintura, íbamos despacio, felices, pero entristecidos… ¿Cómo íbamos a esperar ver lo que vimos? ¡No era aquél el momento más apropiado para transmutaciones corporales o metafísicas!

Además, nosotros no estábamos preparados para algo semejante. Por esto, los dos, Bobby y yo, nos quedamos de piedra al ver… ¡Al vernos a nosotros mismos aparecer en la puerta de la casa!

—¡Cielo santo! —Creo que exclamé—. ¡No es posible!

Bobby no dijo nada. Se quedó sin habla. Aquello era el colmo, la explosión final a una serie de insólitas e increíbles circunstancias en las que una persona medianamente cuerda era incapaz de creer. Yo no lo creía. ¡Era imposible!

Pero allí, frente a nosotros, teníamos la prueba… ¡Éramos nosotros mismos los que veníamos a nuestro propio encuentro! ¡Nuestras figuras, la de Bobby y la mía! ¡Vestíamos las mismas ropas, caminábamos igual, hacíamos los mismos gestos!

Y aquel Bobby habló igual que el Bobby que yo tenía a mi lado.

—Parece que he encontrado una solución. Vamos a marcharnos. Vosotros os quedaréis en nuestro lugar.

—Pe… pero… —empezó a decir el verdadero Bobby—. ¡Esto no puede ser cierto! ¿Quién soy yo?

—Entrad en la casa. Desayunaremos. Tenemos mucho que hablar —dijo el doble de Bobby.

¡Yo me estaba mirando a mí misma! Era como si me viese fuera

de un espejo. Aquella muchacha de la falda sucia y rota, del suéter manchado y de la chaqueta de punto un tanto deformada, que calzaba zapatillas de tenis, ¡era yo!

¿O era Merymar Russell?

¿Dónde estaba el matrimonio de ancianos? ¿Se habían transformado en nosotros o era una impresión de mi torturada y agitada mente?

Les seguimos atónitos.

Las sillas que habían formado mi lecho estaban ya recogidas. Todo parecía en orden, y la mesa con el desayuno estaba puesta.

No quiero hacerme un lío. Exactamente, no sé quién soy. Mi mente ya es incapaz de razonar libremente, y por eso temo decir algo que no sea rigurosamente exacto. ¿Soy yo o no lo soy? ¿Me he desdoblado? ¿Me he transmutado? ¿Qué ha ocurrido?

—Os vais a ir hacia Kraal —habló Bobby. Pero ¿cuál de ellos?

Ahora estaban juntos. Se habían sentado frente a nosotros. Tenían los mismos rasgos, la misma expresión, idénticas ropas… ¡Y hasta los pliegues y las arrugas de éstas eran idénticas! ¡No podía, a ciencia cierta, saber quién era uno y quién era el otro!

Algo, dentro de mí misma, me decía que uno era mi Bobby, mi amado raptor, y que el otro debía ser Dave Russell. Tampoco podía estar segura ya si yo misma no era Merymar Russell.

—¿Quiénes vamos a ir? —preguntó el otro Bobby—. ¿Cuándo?

—Vosotros. Pero antes debo mataros —respondió el primer Bobby.

—¿Cómo?

—He pensado pegaros un tiro a cada uno.

—¿Es ésa la única solución?

—Sí, la única. Eso fue lo que me dijo Pneonka.

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Al mismo tiempo que vosotros… Esto debéis comprenderlo bien. No soy Dave Russell… ¡Soy Bobby Kovacks y Dave Russell al mismo tiempo!

—Eso mismo me ocurre a mí —añadió Bobby.

Si nos hubiésemos cambiado de lugar en la mesa bruscamente, no habría podido decir siquiera quién era yo. Era para volverse

loca. No dije nada. Mi otra yo tampoco hablaba. Eran los dos hombres, exactamente iguales, quienes conversaban.

¡Pero yo no estaba segura de quién era uno y quién el otro!

—Esos hombres estarán pronto aquí —dijo Bobby.

—Y tenemos que irnos antes de que lleguen. No pueden encontrarnos —añadió el otro Bobby.

Me puse en pie y grité:

—¡Basta! ¡Basta! ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué locura es ésta?

Me miraron todos de un modo raro. Mi rostro debía estar descompuesto y mi expresión horriblemente alterada, pues mi otra yo se levantó y me abrazó, diciéndome con voz dulce:

—Cálmate, Mármara. Pronto habrá terminado todo, no te preocupes por nada. Todo se arreglará. Escribiré todo lo sucedido y nuestros padres sabrán la verdad.

—¿Nuestros padres? ¿A quién te refieres?

—A «Mummy» y a «Daddy» —me respondió ella.

—¡Son mis padres, no los tuyos!

—Es lo mismo. Ahora, tú eres yo y yo soy tú.

¡Incluso me besó tiernamente!

¡Qué horrible sensación de vacío, de abandono, de desesperación! Ahora, mientras escribo, pienso que no pudo ser más que una irrealidad, una fantástica figuración, un horrible sueño.

—La justicia ha de ser cumplida —habló un Bobby.

—Sí —admitió el otro.

¡Y yo no sabía ya cuál de los dos era el verdadero!

Se habían puesto en pie. Uno avanzó hasta la repisa de la chimenea y alargó la mano hacia la pistola que todavía descansaba allí, junto al puñado de cápsulas.

Le vi tomar el arma, sacar el cargador. Mármara me abrazaba, mirando también gravemente.

—El destino debe cumplirse en cada uno —habló Bobby, mientras introducía cápsula tras cápsula en el cargador vacío—. Así debe de estar escrito… Nosotros debemos ser jueces y verdugos. Parece ser que nos hemos confundido un poco, pero el mensaje está claro, ¿verdad?

—Clarísimo —contestó el otro Bobby, yendo hacia el cuarto de los Russell—. Será mejor que terminemos cuanto antes, ¿no te parece?

—Sí, abreviemos. Entra delante de mí y tiéndete en el lecho.

Primero entró un Bobby. Luego el otro, llevando la pistola en la mano. Cerró la puerta.

¡Mármara y yo nos abrazamos!

Casi al instante sonó un disparo. Oí un grito.

¡Chillé con toda mi alma, enloquecedoramente! Y mi grito tuvo la virtud de abrir de nuevo la puerta de la alcoba, en la que apareció Bobby con la pistola humeante. No parecía un asesino, sino un grave individuo que acababa de cumplir con un deber.

Se acercó a mí.

—Lo siento, Mármara —me dijo—. Así está mandado… ¡No te muevas! ¡No quiero hacerte sufrir! ¡De un modo rápido! ¡Sólo será un segundo!

La Mármara que estaba a mi lado se apartó, temblorosa. Pareció hacer ademán de ir hacia el cuarto de donde acababa de salir Bobby, pero lo que hizo fue tomar asiento ante la mesa, donde estaba el desayuno, apenas sin tocar.

Bobby levantó la pistola hacia mí… Vi el negro orificio… ¡Oí un estampido! ¡Sentí un pinchazo en el pecho!

Luego…

Capítulo VII

Debí cerrar los ojos instintivamente, pero los abrí al escuchar un golpe sordo contra el suelo de madera de la vivienda-granja. El estampido aún llenaba la estancia. El olor a pólvora me golpeó el olfato.

Y entonces vi algo que ya no pudo sorprenderme. Ya había apurado el cáliz de las sorpresas, horrores y asombros.

¡Yo no estaba muerta!

¡Yo no estaba frente a Bobby, sino donde antes se había situado la otra Mármara Kuss!

Y en el suelo, donde yo había estado antes, yacía… ¡Merymar Russell, crispada, con su alba cabeza y sus ropas viejas y descoloridas!

Bobby, ante ella, con la pistola aún humeante en la mano, parecía fatigado, jadeante, entristecido.

—¡Bobby! —grité—. ¡La has matado! ¡Has matado a la señora Russell!

—No, querida. Te he matado a ti. Eso tenía que suceder… ¡La muerte antes que separarme de tu lado! —Su voz pareció quebrarse.

Tiró la pistola sobre la mesa y se acercó a mí para abrazarme con una violencia mucho más intensa que la víspera, cuando me besó por vez primera ante el establo.

—¡Era preciso, Mármara! ¡Tenía que ser así! ¡Él era un asesino buscado por la policía, un muchacho con una deuda que pagar! ¡Y no podía seguir huyendo! ¡Nosotros… nosotros, en cambio!

Hube de retirarme de él y mirarle a los ojos.

¡Era Bobby!, pero… ¿O era Dave Russell? ¿Quién era entonces yo? ¡Yo estaba muerta en el suelo, en el cuerpo de la señora Russell, pero seguía siendo yo! ¡Aquel cuerpo era un extraño para mí,

aunque fuese yo misma!

¡Oh, dolor, qué angustiosa situación!

Bobby me sacó de aquella espantosa confusión creada por el desdoblamiento metafísico, al decirme:

—Tienes que escribir, recuérdalo. Ahí encontrarás papel. Retira los cubiertos de la mesa.

—Sí, escribir… Debo contar toda la verdad… ¿Y ellos? ¿No sería mejor enterrarlos?

—No tenemos tiempo. Lo hará la policía cuando venga. Date prisa.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Voy a salir fuera. Intentaré contener a esos hombres mientras tú escribes.

—¡Pero no será fácil escribir lo que ha ocurrido! ¿Por qué debo hacerlo? ¿No sería mejor irnos sin dar explicaciones?

—No, la verdad debe prevalecer. Es un mandato. Si no lo escribes todo y dejas el relato aquí, quizá no pudiéramos irnos. Ya está resuelto, amor. No te preocupes por ellos. Están muertos. No han sufrido.

Hizo ademán de salir de la casa, pero le retuve, sujetándole del brazo, agarrándole por la manga de la cazadora de cuero.

—Bobby… —empecé a decir.

—¿Qué? —me preguntó con una sonrisa que empezó a calmar mis temores.

—¿Quiénes somos? —preguntó con un hilo de voz.

—Tú y yo. ¿Importa algo lo demás?

Se fue, dejando la puerta abierta.

Inmediatamente, retiré todos los utensilios de madera que había sobre la mesa y los trasladé a la cocina. Los tiré en la fregadera y salí, secándome las manos en una vieja y deshilachada toalla que debía de tener doce o trece años.

No quería mirar el cuerpo de la mujer que yacía en el suelo.

En el escritorio, especie de armario que había en un rincón, junto a la ventana, había varios libros de agricultura y ganadería. Encima de todos estaba la Biblia. La tomé y abrí al azar, encontrándome con el Libro de Jeremías, en cuyo capítulo 5 leí: «Recorred las calles de Jerusalén, y mirad ahora, e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis un hombre, si hay alguno que

haga justicia, que busque verdad; y yo le perdonaré. 2. Aunque digan: Vive Jehová, juran falsamente. 3. Oh, Jehová, ¿no miran tus ojos a la verdad? ¡Los azotaste y no les dolió; los consumiste y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse…!».

¿Cuál era el significado de aquellas palabras?

Me quedé pensativa. Entonces me volví y contemplé fijamente la patética figura de Merymar Russell, tendida sobre el piso de madera. Me dije que ella debió de leer aquel párrafo. No había tenido otra lectura en muchos años.

¡Ella debió comprenderlo!

Y ella era yo. ¡Me había salvado!

* * *

Pero no podía escribir. No sabía cómo ni por dónde empezar. En mi mente se agitaban los confusos pensamientos de quien tiene que decir algo muy grande, asombrosamente grande, dejar un mensaje a los hombres que no me volverían a ver, pero a los que yo podría ver siempre que quisiera, y no sabía cómo decírselo.

Hubiese sido más fácil inventar un relato. Yo podía ser una hermosa heroína, y Bobby, un galán romántico y maravilloso. Esto no era cierto.

Él era un asesino que yacía muerto, bajo otra apariencia distinta, sobre el lecho de la habitación contigua. Ante mí, estaba yo. Mármara Kuss, de diecinueve años de edad, convertida en una anciana bondadosa y prudente, que por fin podría reunirse con su bienamado hijo.

¿No era todo una locura?

* * *

Tengo un tintero, una pluma y un montón de papeles amarillentos. He apartado todos los que estaban garabateados con los apuntes de Dave Russell. Están ahí, a un lado. No servirán a nadie.

He empezado a escribir:

«Soy una muchacha y mi vida era sencilla hasta que…». ¡Lo he tachado de un plumazo! ¿No es una cursilería empezar así un relato que, de ser creído, pondría los cabellos de punta a un sepulturero? No, he de hallar otra fórmula. ¿Cómo empiezan las confesiones? ¿Y si escribiera como un diario?

Voy a intentarlo. Escribo.

«Día 15. Estoy muy ilusionada. Papá ha caído por la escalera y se ha torcido un tobillo. ¡Voy a ir a Albuquerque!».

¡Oh, no, no! No puedo estar ilusionada de que papá no pueda caminar y no me acompañe… ¿Por qué no me ayuda Bobby? ¡Estoy segura de que él sabe mejor que yo lo que debo decir!

¿Y por qué he de cuidar de que esté todo bien ordenado, explicado con orden y método? Yo no soy escritora. Con decir lo que ha sucedido, tal y como yo lo he visto, asunto concluido.

¡No puedo continuar! ¡Voy a ver qué está haciendo Bobby!

* * *

Le vi apoyado en el muro de piedra, mirando abajo, como ocultándose. Me acerqué a él y se volvió antes de llegar a su lado.

—Están acercándose —me dijo, excitado—. Viene un alguacil con ellos. Son tres hombres y un agente…

Y suben aprisa. ¿Qué has escrito?

—Nada —respondí.

—¡Por Dios, Mármara; tienes que hacerlo! ¡Estarán aquí dentro de una hora, como máximo! ¡Parecen conocer el camino más directo! Corre a la casa y escribe esta historia.

—Pero, es que no sé cómo hacerlo. Para un escritor podría resultarle fácil… Para mí es algo tan grande como esta montaña. He llenado cuatro cuartillas, sin lograr decir nada concreto.

Me tomó del brazo y me empujó, apartándome de allí, mientras decía:

—Escucha, nena. Es preciso que lo hagas. Ignoro la razón, pero Pneonka desea que dejemos un relato de lo que hemos hecho. Ha de ser completo… ¡No sé por qué, no me preguntes, pero es preciso! ¡Y no podemos irnos hasta que eso no esté hecho! ¡No hay tiempo que perder!

—Sí, lo comprendo, Bobby —dije, desesperada—. Y confiaba en

que tú me darías una idea de cómo debo hacerlo.

—Empieza diciendo cómo nos conocimos. Escribes, por ejemplo: «Iba yo con mi coche por la carretera de Santa Rosa a Albuquerque cuando, entre unas rocas, apareció un muchacho, que me hizo señas para que me detuviera»… ¿Comprendes?

—¿Qué más? Sigue…

—¡Ya sabes lo demás! No te preocupes de que quede más bien o más mal. Quien lo lea, lo entenderá.

—¡Pero no creerá nadie lo que voy a escribir!

—Eso no debe preocuparte. Si lo creen o no, es cosa de ellos. Nuestro deber es dejar constancia de todo. Esos jóvenes no pueden explicar ya nada —¡se refería a nosotros mismos!

—Pero es que crees que… ¿Estamos verdaderamente muertos? ¡Yo sigo Siendo la misma, Bobby! ¡Y tú también!

—Sí y no, cariño. Bobby nos ha matado… ¡Yo le he matado a él! No te olvides de decir esto. Ahora, haré una cosa. Tomaré la escopeta y la pistola y procuraré contener a esos hombres. Les conminaré a que no se acerquen. No podré contenerles mucho tiempo, puesto que no puedo disparar a matarles, pero tú debes darte prisa en escribir tu relato.

—¡Necesitaré mucho tiempo! —exclamé.

—¡Pues no lo pierdas más! ¡Venga, toma la pluma y escribe!

Entramos en la casa. Yo me senté de nuevo ante la mesa y él tomó la pistola y la vieja escopeta de caza de Dave. ¡Su escopeta! Debía conocerla bien, como conocía la pistola.

Salió y yo mojé la pluma por enésima vez.

Era imposible concentrarme. Bobby empezaría a disparar pronto.

Tuve una inspiración y decidí ponerla en práctica. Me asomé a la puerta y vi a Bobby dirigiéndose hacia el parapeto de piedras. Estaba de espaldas y no podía verme.

Entonces salí corriendo y me dirigí al huerto. Se me había ocurrido la peregrina idea de que la roca viviente, o sea Koo-Djma, podría indicarme el modo de escribir mi historia. ¡Era preciso que lo hiciera!

¡Yo había aceptado ir con él a Kraal! ¡Pronto sería la continuadora de Pneonka y, por tanto,

Koo-Djma
estaría a mi servicio!

Yo sabía que la roca viviente era una máquina pensante, para la que existían pocos secretos, como nos había demostrado. Era, pues, necesario que me obedeciera.

Llegué hasta el cráter y me quedé en lo alto, mirando a la negra e impresionante roca.

—Escucha,
Koo-Djma
—empecé a decir—. Tienes que ayudarme. Yo sola no puedo escribir nada. No sé cómo empezar ni qué decir… ¡Te lo ordeno! ¡Respóndeme!

Naturalmente,
Koo-Djma
no me respondió. No podía hacerlo. Ni siquiera irradiaba luz. Era una gran masa oscura, como el carbón, informe y pétrea.

—¡Te lo ordeno! —insistí, enojada—. Es preciso que me ayudes. Dime lo que debo decir… ¿No comprendes que todo puede estropearse ahora? Vienen tres hombres y un alguacil. Bobby puede ser arrestado y conducido a Tucumcari… ¡Entonces no podrá venir conmigo a Kraal! ¿Te das cuenta? ¡Tú puedes hacerlo!

Nada. Quise concentrarme y escuchar una respuesta. Pero
Koo-Djma
estaba mudo como lo que era: ¡una roca!

En aquel momento escuché el estampido de la escopeta.

¡Bobby había abierto fuego! Me asusté y decidí correr a su lado. Lo hice sin pensar. Estaba preocupada. Podían matarle… ¡Y si él moría, yo me moriría también!

Nunca he corrido tan rápido en mi vida, ni siquiera cuando jugaba al tenis, en el Country Club de Santa Rosa. Las piernas me tocaban en la espalda y mis brazos se agitaban como aspas de molino.

Crucé la huerta como una exhalación, rebasé la casa y sus dependencias, y vi a Bobby, agazapado detrás del muro de las piedras, con la escopeta en las manos, apuntando hacia abajo.

Al acercarme le oí gritar:

—¡No suban o tiraré a dar! ¡Esto es sólo un aviso!

—¡Bobby! —grité.

Se volvió furioso y me gritó:

—¡Vete de aquí, pronto! ¡No te he dicho ya lo que debes hacer!

—¡Tengo miedo, Bobby!

Sacudió la cabeza con disgusto. Luego, sonó un disparo y vi saltar una piedra en la parte alta del parapeto, haciéndole encogerse instintivamente.

—¡Yo también estoy armado, imbécil! —Me pareció escuchar una voz apagada y distante, por debajo de donde estaba Bobby.

Me acerqué a él, pero me obligó a agacharme.

—Estate quieta. Voy a preguntarles quiénes son. Quizá se avengan a irse. No parecen ser policías que vengan persiguiéndome.

Contuve el aliento.

Bobby apoyó la escopeta en el parapeto y gritó:

—Oigan, ¿qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?

—Soy el alguacil de Creek Rapid… Represento a la autoridad en este condado. Les conmino a que renuncien a poner resistencia a la ley y dejen de disparar. ¿Por quién nos han tomado? ¿Quiénes son ustedes?

—No puedo dejarles que se acerquen… ¡No lo consentiré! ¡Estoy armado y estoy en mis tierras! ¡Váyanse antes de que mate a alguien!

Esta vez, el alguacil no respondió.

—Están cambiando impresiones entre sí —murmuró Bobby—. Se encuentran a cien yardas por debajo de nosotros y les corto el paso hacia el cerro. No tienen otro camino. Si salen se exponen a recibir un balazo. No creo que salgan… ¡Pero tampoco puedo disparar a dar, si deciden salir!

»Anda, Mármara. Vete a escribir eso. Has de hacerlo. Yo procuraré darte tiempo. ¿No te oyes?

—Sí, pero tengo miedo —dije, abrazándome a su pierna—. Déjame estar aquí un rato. Quizá decidan marcharse.

Bobby no respondió. Estaba asomando sobre el parapeto, con la escopeta de dos cañones apuntando hacia abajo. Sentí que se agachaba instintivamente y oí una nueva voz, allá abajo, que gritaba:

—¡Oiga, amigo, no pensamos hacerle ningún daño! Me llamo Adams, Rory Adams, y pertenezco al cuerpo geológico del Observatorio Astronómico de Santa Fe… No venimos a quitarles la

caza, ni a meternos con ustedes, quienes quieran que sean. Somos gente de paz, ¿comprenden? Hombres de ciencia.

—¿Y el alguacil que viene con ustedes también es un hombre de ciencia? —gritó Bobby, con ironía.

—Es nuestro guía. Nos lo recomendó el «*sheriff*» de Creek Rapid. Nuestro interés sólo está en un meteoro que suponemos ha caído en esa planicie. Hemos hecho cálculos. Le vimos trazar una parábola en el cielo, hace una semana, y decidimos venir a localizarlo. Sólo queremos estudiarlo… ¿Nos permiten que subamos?

Yo estaba mirando a Bobby.

—Debimos suponerlo —masculló—. Tan malo es que sean astrónomos como que sean una legión de policías. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—¡Quieren ver la roca viviente! —exclamé.

—Sí. Y no nos permitirán escapar en ella. Tal vez quieran destruirla para ver lo que contiene en su interior. Eso nos impediría ir hasta Kraal… ¡Todo se habrá perdido!

—¿Qué podemos hacer?

—No dejarles subir. Anda. Corre de una vez a la casa y escribe ese condenado relato. Yo los entretendré. Date toda la prisa que puedas. Y cuando hayas terminado, me avisas.

—Sí, Bobby.

Mientras me levantaba para alejarme, oí de nuevo la voz del hombre, que preguntaba, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿No me han oído? ¡No disparen! ¡Vamos a subir!

—¡No suban o tiraré a matar! —respondió Bobby tercamente.

—¡Pruebe a hacerlo de nuevo, imbécil! —Era la voz del alguacil.

Debió de salir de su refugio, mostrándose a Bobby, quien estaba dispuesto a demostrar que no hablaba en vano. Le oí gritar:

—¡Pues ahí va!

La escopeta tronó de nuevo en sus manos. Me detuve, temiendo que hubiese resultado alguien herido. Bobby cargó rápidamente el arma, mientras de abajo llegaban hasta nosotros un coro de airadas protestas.

—¿Qué clase de locos hay ahí arriba? ¿Quién es usted? ¿Un loco o un cazador sin licencia?

Bobby se limitó a decir:

—Sea lo que sea, no intenten subir. Estoy dispuesto a matarles.

* * *

He conseguido escribir veinte o treinta cuartillas. Ni siquiera sé lo que he escrito. Afuera suenan disparos esporádicos. Parece que Bobby continúa obligando a los intrusos a mantenerse ocultos. ¿Hasta cuándo durará esto?

A mí me falta mucho que decir. He terminado en el momento en que Dave Russell nos ha invitado a ver la roca negra. Creo que ahora viene lo más difícil. Mi relato ha sido a vuela pluma, sin orden ni concierto. He explicado cómo conocí a Bobby, lo que sentí por él al verle y el odio que me inspiró al saber quién era.

Es curioso que una mujer pueda cambiar tanto en poco tiempo. Ahora creo conocerle de toda la vida. Es mi compañero, mi amante, mi esposo, mi entrañable amigo. Antes le odiaba y ahora le quiero, y no me importa irme hacia lo desconocido de su mano.

Sé que voy a ser feliz con Bobby. Mientras estaba escribiendo, he sentido la impresión extraña de que Bobby no es Bobby, sino otra persona distinta. ¡Naturalmente, lo es, aunque en apariencia sea el mismo!

Pneonka nos lo dijo.

Nosotros debíamos morir, conservando esa juventud que él necesita para la continuidad de su labor en su mundo, sólo habitado por máquinas pensantes. Va a morir y quiere que nosotros continuemos su trabajo.

Somos jóvenes y podremos tener hijos. Creo que Kraal puede repoblarse pronto. ¿Es cierto que los habitantes de Kraal vinieron hace muchos siglos y se instalaron aquí? Justo es, pues, que ahora nosotros, que somos demasiados y vivimos en un mundo inquieto, les ayudemos a perpetuarse a ellos. ¡Si tenemos un mismo origen…!

Parece que hace rato que no oigo disparar a Bobby. El sol está muy alto… ¡Oh, qué cansada estoy! Debo recapacitar antes de seguir escribiendo. No puedo dejarme nada, ni una palabra de cuanto he visto, pensado u oído. Aunque ignoro para qué servirá este relato, empiezo a darme cuenta de que, antes de irnos, es necesario decir cómo y por qué hemos muerto.

Voy a tomar algo. Descansaré la mano y luego iré a ver qué hace Bobby. Me parece que ya no dispara.

* * *

¡Se han burlado de nosotros! Mientras Bobby procuraba contenerlos, creyéndolos ocultos, ese astuto alguacil ha dado un rodeo, surgiendo sobre el cerro.

Su pistola ha disparado contra Bobby, obligándole a correr. Ahora, mi amor está oculto en la leña. Se ha hecho de noche y he oído decir que han pedido ayuda. Puede venir un helicóptero en su ayuda.

Sé que todo depende de mí. Tengo que terminar mi relato. Ya lo llevo muy adelantado. Voy a ver si lo termino.

* * *

Ya no sé qué decir más. Creo que he concluido. Miró ante mí y veo el cuerpo de Merymar Russell, rígido, en el suelo. En la habitación está el cuerpo de Dave Russell. Ambos han muerto. ¡Nosotros también, porque somos ellos!

Creo que empieza a romper el día. ¡Qué noche más larga! ¡Pero la liberación se acerca!

¿Tengo que decir algo más, Pneonka? ¿Puedo ya salir en busca de Bobby? ¿Podemos ir al encuentro de
Koo-Djma
y partir hacia Kraal?

En efecto, Bobby ha abandonado la leñera y se arrastra hacia la puerta. Me dice:

—¿Has concluido?

—Sí.

—¿Vámonos?

—Vámonos, amor.

Voy a dejar la pluma. Tengo los dedos agarrotados… ¡Estoy segura de haber cumplido lo que me ordenaron! Ruego a quien lo lea, que crea en mi sinceridad. Y, por muy absurdo que considere esto, que deje un margen a la duda… ¡Es absolutamente cierto!

EPÍLOGO

Soy Rory Adams, tengo cuarenta y cinco años y me he hecho examinar por un amigo psiquiatra, quien me ha asegurado que gozo de mis plenas facultades mentales. Tengo motivos para creerle. Ernest es un muchacho muy serio, sensato, y, como yo, ha leído el manuscrito de Mármara Kuss.

—Eso es la tontería más grande que he leído en mi vida, Rory —dijo sin vacilar—. ¿Cómo es posible que lo hayas creído?

—Ni lo he creído, ni dejo de creer en ello —respondí yo—. Pero me hubiese gustado que hubieses estado arriba, con Fred, Phillip y el alguacil «Buggy».

—Estoy enterado por la prensa —añadió Ernest, con aire de suficiencia—. Y estoy de acuerdo con la explicación oficial. El viejo os estuvo hostigando todo el día con la escopeta y la pistola.

—¡Aquella pistola fue la que mató al agente de Tucumcari! —exclamé—. Se ha comprobado ese dato. ¿Dónde está Bobby Kovacks?

—¡Se largaría con la chica! ¡No iba a dejar que le prendieran! Óyeme bien, Rory. Sé sensato. Los hechos fueron los siguientes: Los viejos querían estar solos. Llevaban muchos años viviendo en su soledad. Vosotros llegasteis a importunarlos. Se defendieron, creyendo que ibais a causarles algún mal. Luego, se mataron.

—¿Con la pistola de Bobby Kovacks? —insistí.

—Sí, con ella.

—¿Y cómo llegó allí, si estaban solos?

—Insisto en que Kovacks y la muchacha Kuss estuvieron allí y se fueron, escaparon por algún lugar.

—Sí, en la nave espacial que había dentro del meteoro roto.

No he podido ponerme de acuerdo con Ernest. Es un incrédulo.

Se obstina en no querer ver más que su punto de vista lógico. Eso, tal vez, sea debido a que él es médico y práctico, por tanto, mientras que yo soy astrónomo por vocación, y capaz de soñar en las estrellas durante horas.

No quiero decir con esto que el relato de Mármara Kuss sea una explicación. No, ni mucho menos. Pero he investigado. He atado cabos, he deducido.

Soy capaz de creer en Pneonka, en Koo-Djma y en el fabuloso mundo de Kraal. Soy capaz de creer en muchas cosas. Y opto por reservarme mi opinión sobre todo esto. Prefiero más que juzguen ustedes.

Lo que yo vi y averigüé es lo siguiente, ni más ni menos:

* * *

Me encontraba detrás del parapeto. Aquel individuo nos disparaba, de vez en cuando, desde la leñera. Era una temeridad intentar acercarnos a él, y tampoco podía confiar en el alguacil «Buggy».

Fue Phillip quien propuso que alguno de nosotros fuese en busca de ayuda. Esto lo dijo en voz alta, desde su refugio, para ver si conseguíamos amedrentar a nuestro extraño tirador, quien, evidentemente, parecía tener muy mala puntería, ya que nos tuvo a tiro en varias ocasiones y no logró herirnos a ninguno.

Llegué a pensar, incluso, en que no quería hacerlo.

Creo que fue la noche más larga de mi vida. Las horas se nos hicieron eternas. Con la oscuridad, sin embargo, me arrastré, corriendo grave peligro, hasta donde estaba «Buggy», a quien dije:

—Hemos de hacer algo. Esto no puede continuar.

—¿Quiere que vaya a Creek Rapid en busca de ayuda?

—Perderíamos mucho tiempo. Tres días de ida y tres de vuelta, a pie, es mucho tiempo. Vale más que pensemos en algo para convencer a ese loco. ¿Quién será?

—No lo sé. Ignoraba siquiera que hubiese una casa en estos lugares… ¡Y no me gusta esto, señor Adams!

—Ni a mí tampoco.

—Pues vámonos.

—Eso es lo que ellos quieren —murmuré, temeroso de exponer mí ridícula idea al alguacil, aunque lo hice, en parte—. ¿Puede ser que tenga algo aquí de mucho valor que no quieran mostrar a nadie?

—Pueden tener cualquier cosa, desde una mina de oro hasta…

—¿Un meteoro de cuarzo aurífero? —insinué.

En la oscuridad creí ver relucir los ojos de «Buggy».

—¡Sería algo fantástico!

Comprendí que estaba tan excitado como yo mismo. Era incapaz, por otra parte, de pensar con sensatez.

Por eso le dejé y me arrastré hasta donde estaban agazapados Fred y Phillips.

Cambiamos impresiones, sin decidirnos por nada, y luego optamos por tendernos a dormir por turnos. Hacía rato que nuestro hostigador no disparaba y la tranquilidad era absoluta.

Me dormí dentro de mi saco. Luego supe, por Fred, que el individuo no durmió, pues él intentó acercarse, pasada la media noche, y le dispararon, obligándole a retroceder.

En la casa continuó brillando la luz toda la noche.

Pero al amanecer cambió la situación totalmente. A la débil luz, pudimos ver a dos personas que corrían hacia el sembrado. Eran un hombre y una mujer, jóvenes, al parecer, y cuyo atuendo, según declaré ante la policía, y lo hago ahora firmemente, era el mismo que se describe en la historia de Mármara Kuss… ¡El atuendo que llevaban Bobby Kovacks y la muchacha la última vez que fueron vistos!

«Buggy» estaba dormido cuando ocurrió esto. Él no pudo ver nada. Se despertó a nuestra llamada.

—¡Se han ido! —le dije, zarandeándolo.

El alguacil se agitó, bostezó y me miró estúpidamente. Le dejé allí y fui hacia la casa. Nadie disparó contra mí. A prudente distancia, me siguieron Fred, Phillips y, por último, «Buggy», quien empuñaba su revólver.

Fue antes de llegar a la casa cuando escuchamos el intenso silbido. Aún creo estar oyéndolo. Procedía de más allá del huerto, posiblemente del cráter que encontramos después, con los fragmentos meteóricos de ese metal desconocido que todavía estudian en los laboratorios sin haber llegado a ninguna conclusión

definitiva.

El silbido se convirtió en aullido y luego una tremenda explosión sacudió el aire, arrojándonos al suelo… ¿Qué más necesita Ernest para darse cuenta de que no nos hallamos ante un fenómeno natural, y por tanto, incomprensible?

Admite que no estoy loco. Somos cuatro testigos dignos de crédito. Tenemos pruebas, poseemos el manuscrito, vimos los dos cuerpos, el de la anciana en el suelo y el del viejo en el lecho, ambos muertos de un balazo en el corazón… ¡Y todo esto queda explicado de un modo asombroso en el manuscrito de Mármara Kuss!

¿Es que se necesitan más pruebas para creer en Pneonka?

Tengo más que decir. Me creo en la obligación de decirlo. He pensado mucho en todo esto y creo que mi obligación es exponerlo, publicar este relato sea como sea, aun a costa de que me tachen de loco.

Sé que los hombres somos incrédulos por naturaleza. Necesitamos ver para creer, y todo lo que nos cuentan, si nos parece absurdo, lo rechazamos plenamente.

¿Pruebas?

Sí, muchas.

La tremenda explosión fue una prueba. Los fragmentos de mineral oscuro, otra prueba. ¡Y el objeto brillante que ascendió al cielo, desapareciendo en el infinito en contados segundos, sin que fuese una alucinación, es otra prueba!

* * *

Yo fui el primero en tomar el manuscrito. Leí las primeras líneas. ¡Hablaba de nosotros! ¡Esto me interesó! Mármara Kuss lo había escrito en el intervalo de doce o catorce horas. Era un revoltijo de redacción. Estaba confuso, con letra femenina, graciosa, pero desordenada, como desordenados debían ser sus pensamientos ante lo que le estaba sucediendo.

El manuscrito ha sido puesto en orden por mí, posteriormente, al serme devuelto por la policía de Creek Rapid. «Tenga, señor Adams —me habría de decir el *sheriff*—, esto es un galimatías sin pies ni cabeza. ¡Nadie quiere saber nada de esto! ¡Y hasta en el archivo me

estorba! Usted que lo encontró, lléveselo».

Yo lo tengo. Lo he corregido, he puesto algo de orden en las páginas… ¡Y fui con él a Santa Rosa, a ver al señor Kuss!

Lo encontré abrumado, hundido en un sillón. La policía le había aplastado a preguntas. Hubo de declarar varias veces, pero ignoraba la existencia del manuscrito.

Yo se lo mostré, preguntándole:

—¿Conoce usted esta letra, señor Kuss?

Me miró como un perro apaleado puede mirar a su verdugo, y luego, dócilmente, miró las cuartillas que le mostré.

Lanzó un grito y exclamó:

—¡Son de Mármara! ¿Dónde está? ¡Dígame que no ha muerto! ¡Dígame que vive! ¡Dígame dónde está!

—¡Vive! —le dije, conmovido—. Y estoy seguro de que participa del dolor de usted y de su esposa, pero es feliz. Ella le está viendo a usted en este instante… Quizá ha sido ella la que me ha inducido a venir a verle. Me gustaría que me hablase usted de su hija.

Yo conocía ya a Mármara. Había leído muchas veces su historia. Incluso realicé un estudio grafológico de su escritura. Todo coincidía. Lo que ella decía, lo que averigüé por mi cuenta y lo que confesó su abrumado padre, entre jadeos angustiados.

Cuando salí de aquella casa, dejando el manuscrito, con la promesa de que me sería devuelto más tarde, para trabajar en él, estaba seguro de que el señor Kuss tampoco creería nada de cuanto iba a leer.

Para él, su hija había sido secuestrada por un asesino, un loco, que la había obligado a escribir aquella serie de sandeces antes de matarla.

Era otra versión. Cada persona aceptada la versión que más le convenía. Y esto me hizo pensar que Pneonka sabía muy bien lo que hacía al ordenar a Mármara que escribiese aquella historia.

Él conocía bien a la humanidad. Él había cumplido. ¿Qué esperaba? ¿Uno solo como yo?

Ayer fui al Observatorio. Me encontré con Fred. Me saludó y nos sentamos en la terraza, mirando el valle. A lo lejos, muy a lo lejos, tanto que era imposible verlos a simple vista, estaban los Montes Sacramento.

Con el telescopio habríamos podido ver perfectamente Sierra

Blanca y hasta la mancha confusa de la altiplanicie, donde ocurriera la tragedia de dos jóvenes y dos ancianos. Pero ¿por qué digo tragedia? ¿Lo fue? ¿Qué ocurrió realmente?

—¿Tú qué opinas de aquello, Fred? —le pregunté, sorprendiéndole.

—¿De qué? —replicó.

Debí poner expresión de enojo, pues le vi esforzarse.

—Me refiero a la historia de Kovacks y Kuss —le ayudé.

—¡Ah, sí, sí…! ¡Escucha, Rory! Creo que te tomas eso demasiado a pecho. Vives obsesionado, ¿no es verdad?

Asentí. Él continuó:

—No debes preocuparte tanto. Has estado indagando, comprobando, analizando… Tal vez demasiado. Quieres mi consejo, ¿verdad? Pues voy a dártelo. Olvídate de eso, no vas a aclarar nada.

—¡Nos hallamos ante las pruebas evidentes de un prodigio! —grité, fuera de tono.

Fred me miró compasivamente.

—¿Y qué más? ¿Qué te propones, convencer a la humanidad de que todo eso es cierto? ¿Y qué? En primer lugar, no lo conseguirás. En segundo lugar, ¿para qué te molestas? Si esperases conseguir reconocimiento oficial, te diría: «Adelante, Rory. Yo te apoyo. No te desanimes».

Me avergoncé de ser amigo de Fred.

—Lo siento. No lo hago por mí… No sé cómo explicártelo. Entiendo que se trata de algo importante. Son dos seres humanos que se han ido a un mundo remoto, pero antes de hacerlo han dejado constancia de que existe algo que ignorábamos. Esas palabras, escritas por una muchacha inexperta, pueden encerrar una revelación fabulosa. ¡Es el sentido de la humanidad lo que puede cambiar si tomamos en serio el escrito y lo analizamos! ¡Es un principio filosófico sublime!

»Estamos siendo registrados, Fred. Se nos controla lo que decimos, hacemos y pensamos. Hay máquinas que registran nuestros actos… Hay una continuidad, seres como nosotros, que disponen del poder de ver lo que está sucediendo en el infinito… ¿No es grandioso?

Y la increíble respuesta de Fred, fue:

—Sí, demasiado grandioso para que sea cierto. ¿No te das

cuenta?

Opté por cambiar de conversación.

* * *

Ahora estoy solo, en mi estudio. Acabo de leer de nuevo el manuscrito de Mármara Kuss, que me fue devuelto por su padre, a los dos días, por correo, con una breve nota en la que decía: *¡Esto no lo ha escrito mi hija! ¡Y hasta dudo de que sea su letra! No me moleste más, se lo ruego*. N. Kuss.

Estoy solo.

En un mundo de tres mil millones de habitantes, ¿dónde encontrar el hombre que crea, como yo, en ese planeta maravilloso que nuestros compatriotas están habitando?

Dos terrestres jóvenes, limpios de pecado por el sufrimiento, desdoblados en su propio ser, con parte de espíritu de unos buenos ancianos que supieron sacrificarse por ellos, están en un mundo gigantesco, efectuando un trabajo de archivadores de la historia… ¡De la verdadera historia!

¿Se están burlando de mí? ¿Me verán y me comprenderán?

He decidido publicar el manuscrito de Mármara Kuss. Estoy resuelto. Es lo menos que puedo hacer por la memoria de Pneonka y por ellos. Creo que con este fin fue escrito, como los Evangelistas escribieron las palabras del Señor, para que sean leídas por la Humanidad.

No puedo obligar a nadie a creer. Cada uno actuará según su propia conciencia. Yo sé que las gentes no han de cambiar porque sepan que esto puede ser cierto o no. Seguirán viviendo sus vidas, absortos en sus propios problemas, en la lucha diaria, con su fe o sin ella, y nada cambiará.

Pero Pneonka habrá cumplido. Él sólo quería un hombre como yo, que llegase hasta el fin. Luego, las gentes que hagan lo que quieran. A unos les parecerá absurdo, a otros espeluznante, y hasta habrá quien considerará que se trata de una novela de amor, un poco fuera de lugar.

Las personas son así. Así nacieron y así morirán. Pero, por otra parte, no puedo aspirar a que me crean.

¡Todo es tan extraño, tan inmensamente extraño, para nuestra

mentalidad! Nos asusta el preocuparnos demasiado de las cosas que no comprendemos. Los fenómenos naturales que no conocemos, nos parecen sobrenaturales y los rechazamos como absurdos, hasta que, un día, alguien da con la explicación, y entonces decimos: «¡Claro, naturalmente…! ¡Tenía que ser así!».

Yo creo que, ciertamente, vivimos mil trillones de años demasiado atrás. Y esto es un consuelo, ¡un enorme consuelo! No concibo cómo puede ser el mundo cuando hayan transcurrido ese enorme montón de siglos. Y, sin embargo, con el tiempo, si antes no nos desintegramos, alguien podrá llegar.

¿Qué misterios hay en el más allá que nos son enteramente desconocidos, y que, forzosamente, han de estar estrechamente asociados de un modo u otro con esta humanidad actual?

* * *

Sí, el manuscrito de Mármara Kuss fue publicado en los Estados Unidos, por mediación mía, y su éxito fue tan escaso que me avergoncé. Pude recoger bastantes opiniones, sin embargo, para darme cuenta de que cree más en el esfuerzo titánico que realiza la
N. A. S. A.
para llevar a un astronauta a la Luna, que en el caso paradójico y remoto de que la Luna pudiera acercarse tanto a nosotros que, dando un salto, pudiéramos llegar a ella.

Sufrí una decepción enorme, ¡una gran decepción!

Uno de los lectores del relato consiguió mis señas y me escribió una carta en la que me tildó de loco, diciéndome: «¿Por qué no se interna usted voluntario en un manicomio?».

Otro me dijo: «Admiro su fantasía, señor Adams. Debería usted dedicarse a la ciencia-ficción… ¡Quiero decir, a la ficción solamente!».

Y hubo hasta quien me amenazó, alegando que yo era un peligro para la sociedad y que debería estar muerto o encarcelado. Terminó acusándome de farsante, embustero, parlanchín y no sé cuántas cosas más.

En fin, la publicación del relato fue un fracaso.

O esto creí yo, al menos.

Hace un momento he recibido una llamada telefónica. Por eso,

antes de salir, he querido añadir, triunfante estas líneas a la narración. No sé si regresaré. Espero que mi *post scriptum* signifique algo para alguna otra persona como yo:

—Dígame —dije al descolgar.

—¿Rory Adams? —me preguntó una voz, al parecer remota.

—Sí, yo soy. Diga.

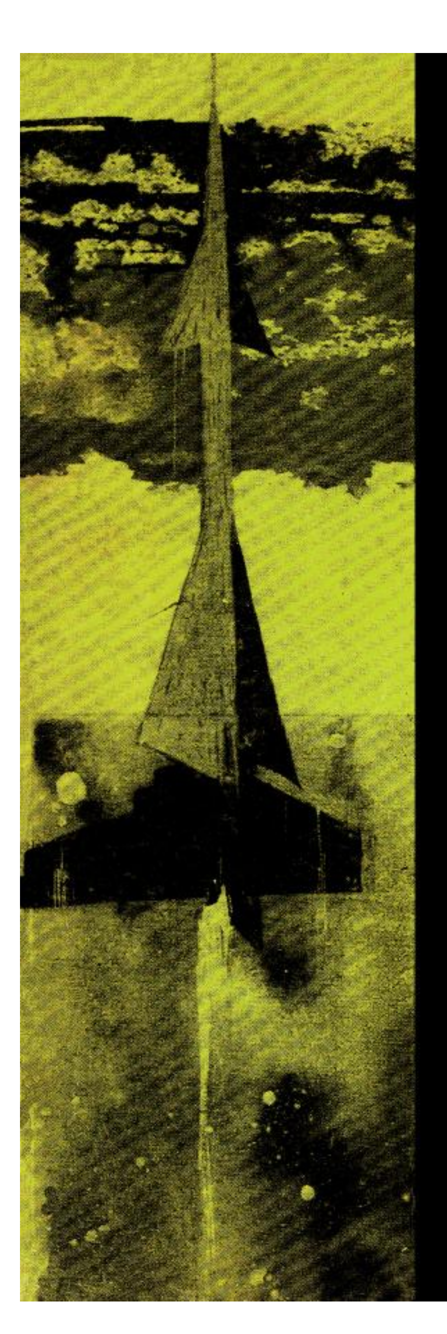
—Óigame bien, señor Adams, le voy a decir donde encontrará usted un meteoro luminiscente. Siga mis instrucciones al pie de la letra. Vaya inmediatamente a…

Sentí erizárseme los cabellos.

—¿Con quién hablo? —pregunté, aterrorizado.

—Mi nombre es Bobby Kovacks, soy el Archivero de la Historia. Atiéndame. Deseo que venga a Kraal con nosotros. Le hemos mandado a
Koo-Djma.
Estamos seguro de que ahí no le necesita nadie. Aquí, sí. ¡Venga, por favor!





Próximo número:

Un reino de máquinas, donde el hombre no podía penetrar: ¡era el dominio de los robots!

PROHIBIDO A LOS HUMANOS

por

Clark Carrados

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.